





RELATOS CENTRÍPETOS

Diego Mauricio Barrera Quiroga





RELATOS CENTRÍPETOS

Diego Mauricio Barrera Quiroga



Enfoque: *INVESTIGACIÓN*

Área OCDE: HUMANIDADES

Subárea: Idiomas y Literatura

Colección N.º 2

Biblioteca Facultad de Ciencias de la Educación, 90 años, libros

Relatos Centrípetos

Centripetal Stories

Primera Edición, 2025

200 ejemplares (impresos)

© Diego Mauricio Barrera Quiroga, 2025

© Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2025

ISBN (impreso) 978-958-660-936-4

ISBN (ePub) 978-958-660-937-1

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia

Relatos Centrípetos/ Centripetal Stories. Barrera Quiroga, Diego Mauricio.
Tunja: Editorial UPTC, 2025. 150 p.

ISBN (impreso): 978-958-660-936-4

ISBN (ePub) 978-958-660-937-1

1. Narrativa. 2. Literatura. 3. Escritura creativa. 4. Reflexión. 5. Acontecimiento.

(Dewey 808543) (THEMA FB- Ficción: general y literaria)

Rector, UPTC

Enrique Vera López

Comité Editorial

Carlos Mauricio Moreno Téllez

Vicerrector de Investigación y Extensión

Yolanda Torres Pérez

Directora de Investigaciones

Oscar Pulido Cortés

Delegado Vicerrectoría Académica

Martín Orlando Pulido Medellín

Representante Área Ciencias Agrícolas

Yolima Bolívar Suárez

Representante Área Ciencias Médicas y de la Salud

Nelsy Rocío González Gutiérrez

Representante Área Ciencias Naturales

Olga Yanet Acuña Rodríguez

Representante Área Ciencias Sociales

Juan Guillermo Díaz Bernal

Representante Área Humanidades

Pilar Jovanna Holguín Tovar

Representante Área Artes

Edgar Nelson López López

Representante Área Ingeniería y Tecnología

Juan Sebastián González Sanabria

Representante Grupos de Investigación**Editora**

Bertha Ramos Holguín

Corrección de Estilo

Alberto Ramírez Santos

Impresión

Búhos Editores Ltda.

Calle 57 No. 9 – 36

Cel. 314 411 5024

Tunja – Boyacá – Colombia

Libro de investigación creación resultado del proyecto Textos fundantes de las naciones latinoamericanas: Estado, economía y pedagogía con SGI 2239

Citar este libro / Cite this book

Barrera Quiroga, D. (2025). *Relatos Centrípetos*. Editorial

UPTC. Facultad de Ciencias de la Educación.

doi.org/10.19053/uptc.9789586609364



Uptc[®]
Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia
— VIGILADA —
— SINCERACIÓN —



Libro financiado por la Facultad de Ciencias de la Educación - la Vicerrectoría de Investigación y Extensión y la Dirección de Investigaciones de la UPTC. Se permite la reproducción parcial o total con la autorización expresa de los titulares del derecho de autor. Este libro es registrado en Depósito Legal, según lo establecido en la Ley 44 de 1993, el Decreto 460 del 16 de marzo de 1995, el Decreto 2150 de 1995 y el Decreto 358 de 2000.

Editorial UPTC

La Colina, Bloque 7, Casa 5

Avenida Central del Norte No. 39-115, Tunja, Boyacá

comite.editorial@uptc.edu.co

www.uptc.edu.co

https://editorial.uptc.edu.co



Biblioteca de la Facultad de Ciencias de la Educación

90 Años

Libro N°. 2

Editor: Dr. Rafael Enrique Buitrago Bonilla

Dr. Óscar Pulido Cortés (Decano de la Facultad)

Dra. Claudia Liliana Sánchez Sáenz (Directora del CIEFED)

Dr. Pedro María Arguello García (Representante Investigadores)

Dra. Ruth Nayibe Cárdenas Soler (Representante Editores de Revistas)

Asistente Editorial: Luis Eduardo Molina Pacheco

Resumen

Toda lectura involucra un volver a contar lo que parece común y dado de forma colaborativa y cómplice; nos lleva a establecer conexiones entre la vida y la narración. Por esta razón, “Relatos centrípetos” es una obra que provoca esta unión al enlazar los acontecimientos reales con la ficción. Asimismo, el libro invita a interpretar los textos y a emprender el viaje lector, superando las convenciones preestablecidas, y fomentando la complementariedad de la música textual por las imágenes que el escritor presenta.

Por otro lado, “Relatos centrípetos” sugiere una escritura visceral; expone su preferencia por el desorden creativo, la transpiración y las afirmaciones aparentemente contradictorias. Adicionalmente, la búsqueda de la propia voz, que es la identidad narrativa, será testigo del sueño y la realidad en una bandeja creativa de asombro.

Finalmente, el libro es un legado de palabras y, al mismo tiempo, una aventura poderosa, una invitación a sumergirse en las experiencias y reflexiones que alberga en su interior.

Palabras clave: Narrativa, literatura, escritura creativa, reflexión, acontecimiento.

Abstract

Every reading involves a retelling of what seems common and given in a collaborative and complicit manner; it leads us to establish connections between life and narration. For this reason, “Centripetal stories” is a work that provokes this union by linking real events with fiction. The book also invites us to interpret the texts and undertake the journey of reading, overcoming pre-established conventions, and encouraging the complementarity of textual music through the images that the writer presents.

On the other hand, “Centripetal stories” suggests a visceral script; it exposes his preference for creative disorder, perspiration and seemingly contradictory statements. Additionally, the search for one’s own voice, which is narrative identity, will witness the dream and reality in a creative tray of wonder.

Finally, the book is a legacy of words and, at the same time, a powerful adventure, an invitation to immerse yourself in the experiences and reflections that it houses within.

Keywords: Narrative, literature, creative writing, reflection, fact.

CONTENIDO

Introducción.....	19
Antiprólogo.....	21
Uno	
Dedos amarrados.....	29
La rutina.....	35
El Monstruo.....	37
Corazonada.....	39
No es malo.....	43
Chucho Navarrete.....	47
El canto de las salamandras.....	53
Escriño.....	55
Dos metros.....	59
Dos	
¡Le vendo mi alma al Diablo!.....	63
Sereno de amor.....	67
Tupa tapa.....	73
El quemao.....	77
Aristóbulo.....	81
La escuela.....	83
La vida es la tragedia.....	89
Helene.....	91
Marbella.....	95

Tres

Quiroz Acuña.....	103
Don Élier.....	107
Chejo(v).....	111
La deuda.....	113
Salsa y control.....	119
La Araña.....	123
Demasiado tarde.....	127
Escombros.....	141

Cuatro

Raro y curioso I.....	145
Raro y curioso II.....	147
Raro y curioso III.....	149

A Érika e Isabella
A mis padres y hermano
A Aníbal y Marisol
A doña Beatriz Amaya de Sánchez
A mis sobrinas Gabriela y Annie.

[E]se proverbio somalí que dice que un hombre valiente siempre le tiene miedo a un león tres veces; la primera vez que ve su rastro, la primera vez que lo oye rugir y la primera vez que se enfrenta a él.

Ernest Hemingway, “La breve vida feliz de Francis Macomber”

Escuchar es una manera olvidada de mirar.

Alfredo Molano, *Trochas y fusiles*

Yo hablando, ustedes escuchando.

Vivimos, andamos.

Eso es la felicidad, parece.

Mario Vargas Llosa, *El hablador*

INTRODUCCIÓN

De este primer texto con el que se encuentra el lector, la introducción, muchos afirman que depende, en buena medida, la continuidad o el abandono, pues este apartado se arroga el derecho a romper el silencio, a conectarse con el lector y a crearle un horizonte de expectativas con el que puede mantener su atención en la lectura. Sin embargo, la introducción habita en la paradoja porque, aunque va al inicio del libro, esta se escribe cuando acaba el turno de la escritura y se da paso al de la lectura. Es decir, que el silencio ya ha sido roto por la palabra escrita, la cual ha iniciado interpelaciones a sus destinatarios ideales sin que lo sepan, porque han sido imaginados por el autor.

Quizás por eso hay quienes consideran la introducción como algo innecesario, pues el libro escogido tiene que haber llamado tanto la atención del lector como para que su lectura empiece sin adelantos y sin propaganda. A la larga, la función de la introducción parece ser la de crear unas relaciones liminales y subliminales entre el mundo de la vida y las narrativas que ligan al lector con el libro que lee. Antes de la introducción, ese vínculo ya la ha percibido el autor en el tratamiento de los temas y en la forma que representa y comunica lo que quiere decir y lo que dice sin querer, porque no somos dueños completos y manejadores absolutos de lo que decimos o escribimos, ni cuando los producimos para ponerlos en circulación, ni cuando entraron en circulación y, menos, cuando llegan a las otras consciencias complejas que les atribuyen sentidos en relación con sus propias experiencias, es decir, como solo esas consciencias pueden hacerlo.

En el libro aparecen las diversas marcas del recorrido que narra: las personas conocidas, los lugares visitados, las experiencias vividas, los cierres y las aperturas al mundo, sentimientos, emociones, ilusiones, pasiones, las posibilidades de la vida en las zonas agrestes donde ha vivido. En los relatos del libro se borra la frontera entre los acontecimientos, las gentes, los tiempos, los escenarios y las situaciones, y se da paso a la ficcionalización. Es decir, que su escritura rebasa la diferencia que Aristóteles plantea entre el recuento de los acontecimientos

y la ficción narrativa a la que atribuye un inicio, un medio y un final. En esa perspectiva, la idea de coherencia temporal, la de las secuencias o la de las palabras, es considerada como una virtud, en otras palabras, una garantía de calidad de los relatos. En la escritura no hay nada garantizado porque es una escritura en proceso, porque expresa sus búsquedas, sus aciertos, sus incertidumbres y sus apuestas.

Eso quiere decir que el libro al que se enfrenta el lector, aunque bebe de las fuentes de la tradición, también las desafía, porque lo pone frente a unas formas de narrar que remedan la simple ocurrencia de la palabra hablada, de la palabra en contexto, no de su abstracción. Por eso, hay giros y enunciados que evocan un tono adecuado al entorno. Su alcance no puede hacerse en términos precisos, sino involucrados en las implicaciones de la interacción social y cultural. Es allí donde el lector de este libro puede interpretar los textos y permitirse configurar el viaje de la lectura: pasa la página de la introducción y emprende tu propio recorrido.

Aníbal Quiroga Tovar
Profesor Universidad de la Amazonia

jerarquizada, prefiero el desorden en “orden” y la lluvia de ideas hecha charcos de temas. Por eso, muchas veces al escribir encuentro desvíos reveladores que me conducen a laberintos inconclusos, a fabulaciones y conjuros que aconsejan dejar caminar la palabra, cortejarla y hacerla fuego en la hoguera de la invención.

En otras palabras, escribo para reconocirme en este contexto, para ser diferente como las gotas que caen en la multiplicidad del aguacero. Escribo para liberarme de la monotonía, lo hago para desarrugar la febril enfermedad del olvido, para destruir el miedo puesto en la memoria, para *imponer* mi interpretación de los hechos. Escribo para evitar las voces alertas. Escribo para rastrillar la palabra, encenderla y hacerla brasa. Escribo para emboscar con sigilo el lenguaje. Escribo por la angustia que me genera la pasividad de la vida. Escribo porque me niego a contar sílabas. Escribo por asombro. Escribo para ser infeliz, ya que tengo la certeza de convivir con las deidades heráldicas. Escribo para no ver el lenguaje como un cadáver diseccionado. Escribo para seducir. Escribo para guardar los frascos violetas del cortejo fúnebre. Escribo para ser despreciado, para ser rechazado por el rencor que trae consigo la sociedad. Escribo para existir. Escribo porque, como Calixto, soy un pusilánime para suicidarme. Escribo para decir mi verdad, para huir del orden policivo impreso en la lengua. Escribo para ser panfletario. Escribo con la ambición perpetua y fugitiva de la página. Escribo para insurgir. Escribo para no pedir perdón. Escribo porque nadie me lo pide. Escribo porque soy arrogante. Escribo para deshojar el brillo de los mercaderes de la palabra. Escribo porque busco el sentido de la realidad y lo real. Escribo para recordar y recordarme. Escribo porque me dan miedo los ratones y los gatos. Escribo porque mi punto de partida siempre es de partidismo contra la injusticia. Escribo porque las palabras no son un gruñido para la piara de cerdos. Escribo porque me acerco a grandes personas con la excusa de que me corrijan los textos. Escribo porque tengo un amor liliputiense, un sentimiento indeleble. Escribo para asaltar el vacío fugaz. Escribo para despertar de la modorra sorda y monódica. Escribo para corretear y cazar las escurridizas palabras. Escribo para eliminar los perdigones del silencio. Escribo ante el destierro de la bruja guadalupense. Escribo para que el aire vuelva hecho *kosher*. Escribo porque soy un aprendiz de cazador peregrino. Escribo para

sentir los bosques de niebla. Escribo porque los cuchillos no quieren herir la piel. Escribo porque el lugar frío está ardiendo con leños de pino. Escribo porque me siento lejano. Escribo porque fuimos niños y no vimos el vacío de la existencia en el balanceo del columpio. Escribo para confabularme con el tiempo melancólico. Escribo interesado en descubrir las huellas más que la holladura. Escribo para convertir las palabras en alborada. Escribo para no congelar la antorcha del sueño. Escribo para aquellos que me esquilmaron un trago en la última noche neivana. Escribo para refugiarme en la nostalgia callejera. Escribo agazapado en la ciudad fría que habito hace pocos meses. Escribo entonando el ayer. Escribo recordando el viejo barrio que me vio crecer. Escribo porque robé el vino de consagrar para purificar mis faltas. Escribo porque mi domicilio fue errabundo, porque la muerte canta y toca su atabal mortuorio, porque en las ruinas elevan oraciones —para los no creyentes— reveladoras. Escribo porque, también, se ve con las manos desnudas en cuerpos cálidos (y ajenos). Escribo porque a las prostitutas no las veo con deseo. Escribo porque no hay quien se salve de las tribulaciones. Escribo porque vivo en el inxilio. Escribo porque caminamos hacia el patíbulo. Escribo porque el mundo cabe en la mano amiga. Escribo para embriagarme con los jarros de pulque junto a la parca. En Neiva, por ejemplo, bebía Doble Anís, chicha, ron, cerveza y un vino que llamábamos *Yo me mato*, y la mortaja carcajeaba en el solio mostrando bondad, y súbita compañía. Escribo porque el problema no es morir, sino esperar tanto su llegada. Escribo porque la brújula perdió el secreto. Escribo porque un desconocido me dio una manzana caramelizada para calmar mi llanto. Escribo porque no sé pintar la soledad. Escribo para animar al héroe de piedra. Escribo porque las mutilaciones son hechas a nombre de Dios. Escribo porque no soy de nadie, ni hijo de nadie, solo una pequeña raigambre del abandono. Escribo porque sonrío con beatitud a los Nadie. Escribo porque escucho el silbato de Alguien que llama la muerte de Nadie. Escribo para Ninguno. Escribo en un país tardío. Escribo para saborear el agua del páramo. Escribo porque por mi nariz pueden respirar todos. Escribo asordinado. Escribo en un país ciego por la bruma cromática, porque somos un baturrillo de mundos, porque nacemos malos y la sociedad nos empeora, porque somos irascibles, porque no sé distinguir un bemol, porque mis oídos ignoran la bella resonancia de Prokófiev. Escribo para que la cascada translúcida

de un alopécico tenga altura. Escribo porque quiero vociferar como *El grito*, de Munch. Escribo porque somos dioses finitos. Escribo porque la caridad empieza comiendo gusanos. Escribo porque no espero prebenda ni canonjía. Escribo porque tenemos alimañas y roñosos políticos. Escribo porque una lagartija me bisbiseó la forma delirante de la poesía. Escribo porque las nubes bajan las montañas. Escribo porque guardaba piedras en el bolso de la culpa. Escribo porque he heredado un fantasma que parece un corcel negro. Escribo porque mi padre no prendía la luz amarilla para despertarme en las madrugadas. Escribo porque mamá me levantaba con agua cuando me quedaba dormido. Escribo porque la luna tiene coraza. Escribo porque vi el río Magdalena y tuve temor de ahogarme. Escribo porque Juan Camilo apareció en Purificación flotando. Escribo porque la piel se va destemplando ante los golpes de un estibador. Escribo porque el hambre camina por los tejados del mundo. Escribo porque me acusaron de terrorista cuando cantaba “Casas de cartón”. Escribo porque utilicé las cruces de cauchera para golpear a las monjas. Escribo porque solo le he pedido a Dios que siga dormido y escondido. Escribo porque fui excomulgado a los doce años. Escribo porque mamá testificó en mi contra. Escribo porque papá decía que la palabra vale más que un sestercio. Escribo porque la poesía son grimorios ocultos. Escribo porque desperté convertido en Gregorio Samsa. Escribo porque las pesadillas parecen mesas de caoba. Escribo porque escucho galopar la mudez. Escribo porque tapé mi rostro con el capuchón de una chilaba. Escribo porque la lengua es un alfanje que debe amolarse. Escribo porque los ladrones no me vieron en el celaje. Escribo porque nunca he visto un clavicordio tocar. Escribo porque oí el conjuro a orillas del río Caquetá. Escribo porque a Big Mama Thornton y a Janis Joplin las escuché en un hotel español. Escribo porque a Isa le gusta la canción “What a Wonderful World”, de Louis Armstrong. Escribo porque bailé Pedro Navaja sin dejar de pensar “en los bolsillos de su gabán”. Escribo para hacerle muecas al manjar. Escribo para no tener nada. Escribo porque las falsas profecías entregan penumbras. Escribo porque soy un raído transeúnte. Escribo porque preferí caminar las tres orillas del río. Escribo porque marchamos hacia el cadalso. Escribo porque nacimos náufragos. Escribo porque aprecio el sudor más que el oro. Escribo confuso. Escribo porque la existencia es feroz. Escribo porque la vida es un tren descarrilado.

En últimas, escribo (este libro) porque son palabras hechas legado, sueños y poderosas búsquedas de quienes vivimos a la sombra de las experiencias y las reflexiones.

Diego Mauricio Barrera Quiroga

UNO

DEDOS AMARRADOS

La escribo ahora porque en ella se cifra, si no me engaño, un breve y trágico cristal de la *índole* de los orilleros antiguos.

Lo haré con probidad, pero ya preveo que cederé a la tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor.

Jorge Luis Borges, "La intrusa"

Cuando le llevaron el atado, Reynaldo lo recibió sin la menor sospecha. Aprovechó que no había nadie en casa y lo escondió en los calados que apenas estaban pegando, metido en un zapato viejo del abuelo.

Por la tarde se fue al río, se bañó en la corriente que pasa debajo de los carboneros y regresó sin prisa. En la noche asistió, junto con su novia, a la casa cural —la brisa belemita arropaba el pueblo—; allí todos los sábados había cine y era un acontecimiento al que no se podían sustraer los jóvenes. No había avanzado mucho la película cuando sus amigos, con quienes compartía a diario, lo sacaron del cine a las 8:30 p.m. para que les devolviera el paquete confiado. Algunos testigos lo vieron entrando de nuevo al teatro hacia las 9:00 p.m., después de entregarles el envoltorio.

A las 9:30 p.m. cuando terminó la función, llevó a su novia hasta la casa y la dejó en la puerta ante la mirada complacida de sus padres.

A Reynaldo lo esperaban a las 10:00 p.m., pero no llegó. Esa noche los gallos cantaron por primera vez hacia las 11:00 p.m. Don Jesús, su padre, lo extrañó en su segunda salida al baño y solo a la tercera, hacia las 3:00 a.m., se preocupó, revisó la cama y la encontró vacía. Sin embargo, no desesperó, sino que aguardó sentado en una silla mecedora de mimbre a que amaneciera mientras escuchaba las noticias de Radio Santa Fe, con la esperanza de que fuera solo una tardanza para atender asuntos de jóvenes. A pesar de la tranquilidad nocturna, la mañana llegó y con ella la preocupación.

Ante la inquietud cada vez mayor, empezó, don Jesús, a caminar, buscar y preguntar por las calles a su hijo Reynaldo. A las 11:00 a.m. ya había recorrido todos los sitios del pueblo donde se imaginó que pudiera estar. Treinta minutos después, en la plaza de mercado, oyó lo del hallazgo del cadáver de un joven en una vuelta del río, junto a una palizada, cerca de la toma del acueducto. Dijeron que lo habían encontrado porque una columna de chulos revoloteaba en el lugar. Cuando llegó el inspector Gustavo las aves estaban mirándolo desde las ramas secas de un yarumo como esperando el momento adecuado para empezar su trabajo.

La noticia desesperó a don Jesús, sintió un flujo de sangre remontarse a la cabeza y temió caer desplomado al suelo; no obstante, quiso pensar en que se trataba de algún muerto foráneo. Los mismos que traían noticia de la violencia montaña arriba. Por eso decidió seguir preguntando casa por casa en busca de su hijo mayor.

El reloj marcaba la 1:00 p.m.

Marina y Gladis se encontraban en la cancha de fútbol cuando la Sabí llegó corriendo, agitada y asustada a avisar que el medio hermano, Reynaldo, estaba flotando y dando vueltas en el río Pescado. Por lo tanto, fueron ellas quienes arribaron con el anuncio fatídico como heraldos negros. De inmediato, los gritos y el llanto desbordaron en locura. En consecuencia, todos salieron apresurados para convencerse de que era él quien aboyaba en el río. Cruzaron la puerta con el alma atormentada y despojados de cordura, y paz. A mitad de camino se cruzaron con don Jesús y solo pudieron —a empujones— unirlo al acelerado encuentro sin decirle mayor cosa: suficiente el rostro de dolor y la prisa que cargaban. Al llegar la multitud era un enjambre de murmullos, voces aterradas y zumbidos de cosas que cada persona decía al tiempo señalando lo obvio. A alguien se le oyó decir que se había desnucado por tirarse del peñón. Otro aseguró que lo vio caer en la oscuridad. Y no faltó el rumor de un supuesto robo, por tanto, ajuste de cuentas.

Lo curioso fue que a Reynaldo lo hallaron sin el cinturón de cuero y hebilla grande que le había regalado don Jesús, tenía el *jean* blanco apretado abajo, no llevaba la camisa, traía una bota y la cara aún reflejaba la sorpresa de la muerte.

A las 5:00 p.m., el inspector ya había interrogado a los dos amigos que lo sacaron del teatro para que les devolviera el paquete guardado. Uno era el gordo Mantequillo —así lo conocían entre los pobladores porque el papá tenía una panadería y siempre lo veían con un pan embadurnado de mantequilla— y, el otro, el Chimbe. La versión que defendieron consistió en que llamaron a Reynaldo para invitarlo a una fiesta en la casa de la Chupa Coco. Acordaron verse a las 9:45 p.m. y, de paso, le pidieron el atado de marihuana escondido en el último sitio donde las autoridades lo podían buscar: la casa del alcalde. Cuando lo entregó, Reynaldo supo lo que contenía. Protestó porque sus amigos lo habían utilizado y se negó a asistir al jolgorio propuesto minutos antes, pero lograron persuadirlo para que llegara sin dejar de temer una posible acusación. El festejo, contaron, se extendió y en medio de la celebración a alguien se le ocurrió proponer ir a armar un *camping* cerca al río Pescado. Hasta allí llegó Reynaldo y otras personas más que no lograron identificar, el gordo Mantequillo y el Chimbe, porque la ingesta de alcohol ya los había poseído, insistieron. Por consiguiente, nadie respondió por qué Reynaldo amaneció muerto.

Por último, el inspector hizo el levantamiento, ayudado por los Pérez, describió lo observado y armó sus conjeturas. Pese a las aparentes evidencias contra los amigos de Reynaldo no pudo, ni se atrevió a detenerlos porque sabía que uno de los muchachos era ahijado del juez Gentil. Sin embargo, doña Beatriz, aupada por María, decidió apelar a instancias no humanas desde el inicio para buscar la justicia de su entenado, de suerte que amarró los dedos gordos de las manos y de los pies con un cabello para que los culpables fueran castigados y así el homicidio no quedara en el olvido.

Abel, el médico legista, a través del cuerpo reconstruyó lo siguiente: en la parte trasera del cuello se podía observar un fuerte golpe, parecido a un garrotazo, con objeto contundente, los labios estaban rojos y lacerados como si hubieran acercado alguna sustancia fuerte o abrasiva y lo peor del asunto estaba en la violación. De acuerdo con el informe, el sangrado rectal y la dilatación anal permitían concluir que varias personas habían intervenido en las penetraciones, como si se tratara de un ritual sodómico. Al final, el traumatismo lateral derecho mostró que el cuerpo fue arrojado desde una altura considerable; es decir, lo tiraron al río.

Don Jesús fue quien retiró el cuerpo para darle cristiana sepultura. Lo velaron en la sala de la casa sin poder verlo porque las horas en el agua lo convirtieron en comida para los peces. Por tal razón, el ataúd llegó sellado. Los vecinos, conocidos, familiares y allegados fueron atendidos con tinto y caldo de pollo que servían las muchachas más volantonas en la bandeja con asas plateadas. Pizo, amigo y socio de don Jesús, iba de un lado a otro con su cigarrillo Marlboro rojo en la mano derecha, encorvado y cabizbajo: el suelo era su mejor panorama.

Debajo del féretro se veía un vaso con agua que colocó la abuela Elvira para calmar la sed del finado. Varias flores rodeaban el cajón. Las oraciones y rosarios corrieron a cargo de don Jesús mientras los demás asistentes elevaban fervorosas jaculatorias.

A pesar de las evidencias, los sospechosos estuvieron libres y sin remordimiento por un tiempo, aunque Nancy y Marina, presintiendo una posible fuga, se dieron a la tarea de inventar todos los días una excusa para preguntar por el gordo Mantequillo que vivía frente al restaurante de Mario Gallego. Por su parte, doña Beatriz y don Jesús se movían entre las autoridades judiciales para obtener resultados y así ver tras las rejas a los asesinos de Reynaldo.

Finalmente, no fueron los investigadores los que lograron vincular a los responsables, sino la confesión del gordo Mantequillo, cuatro meses más tarde. Arribó a la estación de policía desesperado, atormentado y gritando que llevaba dos semanas sin poder dormir. El rostro de Reynaldo lo venía persiguiendo desde la muerte. Confesó que, por miedo a ser delatados, él y el Chimbe decidieron asesinarlo. Los tragos avivaron el delito después de la fiesta; asimismo, tres personas más se vieron envueltas en el crimen. Para consumar el asesinato inventaron un *camping* y hasta la cima del peñón llegaron a orillas del río Pescado. El Chimbe consiguió tiner, dijo que con eso lo dormían, sin embargo, Reynaldo opuso resistencia cuando sintió el fuerte olor en su rostro, logró zafarse, pero en seguida el gordo Mantequillo le pegó un garrotazo que lo mandó al suelo sin reacción alguna. Los tres acompañantes fueron testigos, ninguno objetó, ni declararon luego, por el contrario, esa noche abusaron del cuerpo inerte como si siguieran “*Il Canto dell’Odio*”, de Lorenzo Stecchetti.

En aquel acto toda la maldad estuvo en ellos, cruel maldad. Amparados por la oscuridad, la luna oblicua, la altura, el frío, la corriente del río y el croar lejano de las ranas. Todo mientras el tranquilo y apacible pueblo descansaba.

Las autoridades nunca detuvieron a los involucrados. “De no ser por los dedos amarrados”, dijo doña Beatriz, las revelaciones no habrían sido posibles. Por esta razón los implicados fueron cayendo uno a uno, agobiados por la abrumadora figura de Reynaldo quien los visitaba sonriendo y atado a sus sueños.

LA RUTINA

[H]ay tres segundos que están transcurriendo hace siglos.

Darío Jaramillo Agudelo, "Biografía imaginaria de Seymour"

Todos adquirimos una rutina. Mamá, por ejemplo, cada mañana limpiaba y regaba los piecitos, geranios, flores y una enredadera de uvas que no entendía cómo se mantenía dentro resguardándose de la fría Bogotá. En casa las plantas abundaban: parecía una pequeña selva. Samuel era el más volantón y le gustaba asomarse todos los días por la ventana que daba hacia la calle 72. Él aprendió pronto la lógica de la vida y permeado por mamá acompañaba el cuidado de las matas. La verdad, estábamos invadidos. Las veía en el suelo, colgadas, en la mesa, encima de la nevera, en el escritorio de papá y hasta en mis sueños. Había de todo tipo, pero las que más abundaban eran las que requerían poco sol, por eso, rebosaban en el interior.

A veces, cuando caminaba de mi cuarto a la cocina, sentía que las plantas extendían sus hojas y buscaban tocarme, así que corría porque pensaba en que de pronto alguna se me podía trepar y me ahogaría entre su verde criminal. Sin embargo, mi miedo no despertó inquietud en mamá y papá, por lo tanto, siempre supe que estaba condenado al temor vegetal.

Un día me encontré una cesta llena de frutas en el mesón blanco de la cocina. Había llegado temprano y suponía que mamá estaba sola, no obstante, unos zapatos negros y más grandes que el pie de mi papá me causaron curiosidad. Por eso, me acerqué con sigilo al cuarto de mi hermano Samuel: de allí provenían ruidos extraños. Por la ranura de la puerta observé a mamá con manos ajenas encima y un juego de cuatro pies. Sentí un calor horrible y un dolor en la garganta como si me apretara una soga. Pude reconocer la risita de mamá. Por un momento la furia se me concentró en la roja nariz y las lágrimas. Sudé. El bigote y las patillas goteaban.

—¡Mamá! —grité—.

El silencio se apoderó del lugar. Había descubierto la infidelidad de mamá. No se atrevieron a decir algo, ahora parecían unos ahogados en un mar tranquilo. Es increíble la maldad humana, pensé. También se me pasó por la cabeza darles su escarmiento: cortarle el miembro a él y a mamá sacarla de la casa en pelota y esperar a que el solazo le quemara la vergüenza, pero eso sería una salvajada. Lo que sí no pensé fue en asesinarlos. ¿Se merecen eso? ¿Y de dónde saco un revólver? ¿Matar a mamá?

—¿Cómo hacen eso? —volví a gritar—.

Siguió el silencio en el cuarto.

¿Será que mamá está asustada?, me pregunté. ¿Tendrá los ojos azules abiertos? ¿Estaría llorando sin sollozar? ¿Él la estará abrazando? La odié: a él también.

El espectáculo imaginado no me permitió aliviar la mente. Por lo tanto, caminé hacia la puerta para salir de la casa. Decidido, quise encontrar un abismo para saltar y dejar de sentir el miedo y las ganas de vomitar. No obstante, se me cruzaron unas verdes uvas que reposaban en la cesta. Deseé que estuvieran envenenadas mientras saboreaba el dulce contenido, pero ya afuera solo pude atorarme con unas pequeñas semillas y toser ante el miedo del ahogo.

EL MONSTRUO

[H]ay que tenerle más miedo a los vivos que a los muertos.

María Fernanda Ampuero, "Monstruos"

Tenía diez años cuando mi madre abandonó nuestro cuidado. No se fue físicamente, pero desde esa edad no supe de atención y protección maternal. Mi hermana, pese a que era cuatro años mayor, mostraba lo contrario por lo chaparra, delgada y debilucha; sin embargo, siempre la vi como una persona valiente. Además, trataba de cuidarme o, mejor dicho, nos cuidábamos a pesar de mi cobardía.

Donde vivíamos, la casa era vieja; por las paredes y tablas corrían los chinches y las pulgas, olía a mierda de gallo, de gato y a orines de hombre: era asqueroso, no obstante, después de habitarla por varios meses solo quedaba acostumbrarse al olor nauseabundo. Tenía los ladrillos descubiertos y de ellos salía un polvo naranja que a veces con mi hermana usábamos en los cachetes simulando rubor como lo hacía mamá, aunque sin pintarnos de rojo los labios, ni echarnos otras cosas por miedo a no distinguirnos.

En una ocasión, también, vi que algunos jóvenes raspaban los ladrillos, depositaban el polvo en una pequeña pipa hecha con el corcho plástico de una champaña y, encima, regaban una sustancia blanca para, luego, fumarla succionando a través de la caña del bolígrafo inserto en el centro del tapón.

Lo anterior era lo de menos porque el problema nuestro y, en especial, el de mi hermana, estaba en el Monstruo. Aparecía de la nada como si fuera un fantasma detrás nuestro. Una vez íbamos a bañarnos —lo hacíamos juntas para protegernos—, pero en el patio no había dos toallas así que caminé hacia el cuarto de ropas y cuando volví, el Monstruo había decidido que ella —ya desvestida— se pusiera una camisa blanca de él. No pude hacer mucho y el miedo me arropó, por lo tanto, el mutismo se instaló en mí al ver que ingresaban juntos a

la ducha. Solo pude esperar frente a la puerta y sentir el agua que salpicaba mis pies.

Muchas veces me pregunté ¿por qué no me arrodillaba a rezar? Las monjas que nos visitaban y regalaban mercado cada veinte días como obra de caridad en los barrios pobres repetían que invocar a Dios, por medio de la oración, nos ayudaba en la protección porque a él le gustaba cuidar los angelitos; es decir, los niños. Por eso, antes de despedirse lanzaban unos ave marías intentando demostrar que valía la pena, además que todo se solucionaba rezando. Rogar para que el Monstruo desapareciera, no volviera o muriera. Nunca imploré, por tal razón, nunca se fue.

No obstante, ese día y otros tantos, el Monstruo jadeaba y mi hermana lloraba pasito para que yo no alcanzara a escuchar el vejamen. Los rasguños quedaban en la pared gris y en las uñas de ella cemento seco. Nunca golpeé y menos llamé porque sabía que el grito del Monstruo perforaría la piel y me haría temblar. Solo pude imaginar a mi hermana desnuda, y a él, con las manos negras, tocando su cuerpo impúber. Tener hermanos, para algunos, es una bendición y siempre se espera que uno salve al otro, pero contar con una hermana pusilánime es una desgracia. Pobre gusanita. ¿Por qué no fui más fuerte? En cambio, tan dócil y calladita.

En momentos como esos deseaba que mamá llegara a defendernos, que le abriera la cabeza de un garrotazo y que él saliera corriendo con la sangre, y la vergüenza atrás, pero eso nunca pasó porque mamá nos pegaba si contábamos algo malo del Monstruo. Nos golpeaba no de rabia, sino de celos.

Al final, mi hermana salió secándose las lágrimas con la camisa blanca abotonada, con las mangas amarrando su cintura como si portara un vestido, con los senos pequeños al aire, cabizbaja y con el terror impreso en su rostro.

Por las paredes de la ducha bajaban lombrices, también babosas. Tenía un olor a borracho y a mierda el lugar, pero para mí la mayor mierda y asquerosidad era el Monstruo.

CORAZONADA

A pesar de la poca, casi nula, formación de mis padres, la educación para ellos era una prioridad en la vida. Muy niño acompañaba a mis progenitores en sus quehaceres diarios. A mi padre lo seguía, cuando no estaba estudiando, en una carreta por el barrio vendiendo frutas. Siempre me daba a contar las monedas con que le pagaban. Algunas las ponía en mis zapatos sin que él se percatara para luego comprar jugos, refrescos o bolas. Seguirlo me sirvió para aprender a contar. Las operaciones básicas de la matemática no eran mi fuerte y la enseñanza de mi padre estaba bajo la vieja concepción de “la letra con sangre entra”, así que sin pensarlo contando monedas, sumando esfuerzos y restando necesidades iba adquiriendo lo que mis docentes no lograban en clase. Un día mi padre llegó, no sé si por la beocia natural o la candidez aprendida, con un tablero verde y grande a la casa, una caja de tizas de todos los colores y una butaca para ayudarme con los números. La primera lección fue aterradora: él preguntándome las tablas mientras sostenía la funda de la peinilla en la mano derecha, yo sin la respuesta, pero seguro que ninguno de los dos sabría solucionar la operación. Mi profesora había mandado a memorizar las tablas, pero como mi padre tampoco las sabía él simulaba a través de la indagación. Quedarme en silencio era soportar los fundazos, así que al segundo día empecé a contestar con los números que a la cabeza se me venían ante las preguntas sin que mi papá pudiera corroborar lo dicho. La mejor lección numérica la adquirí en la calle, junto a mi padre, lejos de los castigos y cerca del trabajo temprano.

Con mi madre la relación tuvo un estilo lacónico. Siempre nos obligaba, a mi hermano y a mí, con la asistencia dominical a misa. No podíamos faltar así que cada ocho días, madrugábamos a las 5:30 a.m. para llegar cinco minutos antes de iniciar la perorata evangelizadora. El sueño era desagradable. Todos los días de la semana me levantaba temprano para asistir a clase y los fines de semana para cumplir con la carga católica. Los domingos, en mi cuarto oscuro, se abría la puerta y una franja intensa, amarilla, se extendía desde la sala para apoderarse de la sección silenciosa y tranquila. La voz recia de mi

madre conmocionaba mi sueño. Esa voz era odiosa. No podía demorar porque el retraso significaba quedarse sin desayuno, así que tomaba aire, abría los ojos de golpe, cogía la toalla y caminaba a la ducha. Bajo la espita un frío agridulce descendía por la epidermis hasta arropar mi cuerpo inmóvil por la helada agua y la pereza: tiritando salía. Por el contrario, en la semana escolar mi padre era quien me despertaba. Siempre lo escuché decir: “del día la mañana”. Con voz tenue se acercaba para llamarme varias veces, lo hacía con paciencia, no prendía la luz del cuarto, sabía lo incómodo que era despertar con el amarillo denso e intenso (en ese orden) del bombillo instalado en el centro del cuarto; se acercaba con una linterna en la mano alumbrando el piso para no molestar la visión de quien recién despierta: “Mauricio, Mauricio: los pájaros ya cantan, las gallinas ya pusieron, si estuvieras en el campo ya habrían ordeñado las vacas. Mauricio, vamos, mijo, no es bueno que te hagas esperar en la escuela. Vamos, que más adelante te acostumbrarás solo”.

Negarse a cualquier solicitud de mi madre significaba estar castigado hasta la semana siguiente, cuando podíamos resarcir nuestra falta al cumplir con las exigencias. Únicamente nos permitía ver televisión los fines de semana, a una distancia de diez pasos medidos con sus cortas piernas, pero que estiraba hasta más no poder para no “dañar los ojos”, insistía. Máximo dos horas era el tiempo en que podíamos tener prendido el televisor: un receptor de marca Philips Trendset de 1984 a color y con ocho teclas en la parte superior para cambiar los canales, inútiles en su mayoría porque solo captaba el Canal 1 y Señal Colombia. El televisor fue lo único que le quedó a mi padre luego de terminar una unión familiar de donde quedaron dos hijos. Los sábados no nos perdíamos, con mi hermano, *Cuentos de los hermanos Grimm*. Era el único programa animado preferido y que conocí en mi infancia.

En las tardes, día de por medio, cuando no acompañaba a mi padre en la venta ambulante, asistía junto a mamá a los encuentros de la “Legión de María”: un grupo católico conformado por mujeres mayores y reducidas en visión. Yo era el niño que les leía en voz alta los apartados para el “análisis” y comprensión, aunque siempre terminaban repitiendo y memorizando las líneas. Me gustaba acudir a este espacio porque la comida me seducía. Muchas galletas de todos los sabores llevaban a la reunión. Mi madre se sentía orgullosa: tenía un

niño creyente, según ella, y con una fluidez lectora que provocaba envidia entre la senilidad.

La congregación claretiana me arropó entre sus actividades: me envolví entre el apoyo logístico y el de monaguillo en la iglesia del barrio. Leía los sermones, soportaba las extensas monsergas que daba el cura en la misa, hacía sonar el esquilón y recogía la ofrenda antes de terminar la ceremonia. La recompensa a todo ese sacrificio era retribuida al finalizar el evento cuando nos atiborrábamos de empanadas y avena. No había mejor estímulo: la comida convertida en gula fue mi pecado capital que no pude redimir jamás. Las palabras del sacerdote Carlos eran milagrosas y benditas: “coman lo que puedan y lo que les quepa”, por eso lo apreciaba. Carlos era un claretiano formado en Europa, paisa, de barba blanca y lento al caminar. Siempre lo escuchaba hablar de filosofía, me invitaba a seguir estudiando, era una buena persona. Sin embargo, el padre Carlos partió un día sin despedirse: “anoheció y no amaneció”, dijo papá. La tarde en que me enteré de la noticia sentí rabia: no contra él, por el contrario, el rescoldo por las personas buenas se aviva con el recuerdo; seguro habían hecho efecto los comentarios malversados de creyentes: “era liberal y no conserva la religiosidad en la parroquia”. Por eso, ese día renuncié a los hábitos asistenciales en la iglesia: el cansancio y hartazgo me acompañaron. Como tenía acceso a todos los lugares inicié por destruir y poner patas arriba la sacristía. Saqué los ornamentos, las hostias sin consagrar, el vino lo destapé y lo regué por el pasillo, también bebí un poco; el dinero que había lo tomé como liquidación por mis servicios y, para finalizar, en la pared grande y blanca escribí: “Ya se fue y hasta aquí llego, hijueputas”, seguido de unas figuras voluptuosas, cachos y cola. La noticia se supo pronto y la reacción no se hizo esperar: esa noche y por dos meses seguidos, el cura que había quedado encargado de la parroquia contaba con terror el sacrilegio presenciado. Aludía a la profanación del templo de Dios y elevaba su sentencia: “Las personas que realizaron este acto abominable y hereje quedan excomulgadas de por vida de la Iglesia católica”. Yo nunca supe qué fue eso y hasta el momento sigo sin entender. Mi madre y mi padre tuvieron una corazonada, pero nunca me acusaron de falta alguna: sobre mi infancia pesaba mansamente el comportamiento esperado.

NO ES MALO

Si mataran al sol
nuestra tristeza no tendría este frío.

Anabel Torres, "Canción para la otra tristeza"

Mamá me decía que papá no era malo; que si hacía caso y cooperaba, pues no habría problema. Sin embargo, algunas veces mamá se enfurecía conmigo porque papá me veía mucho y, por eso, me pegaba. La verdad, no tuve culpa. Fueron ellos los que me trajeron a este hijueputa mundo. Yo nunca lo pedí. La última vez me rompió el labio superior de la boca de un manotazo. Boté bastante sangre porque el sabor a metal me duró una semana.

Los lunes y miércoles coincidíamos solos con papá en casa. Los demás estaban ocupados. Mamá trabajaba y Jesús iba a la universidad. Papá permanecía en el rancho todo el tiempo porque se encontraba sin empleo hacía tres años. A mamá le escuché mencionar que él se la pasaba enviando hojas de vida, pero nadie lo llamaba. Y terminaba justificando la no contratación por la edad. Por este motivo, repetía con cierta seriedad: "Caballo viejo no galopa y va a parar al pisadero". Papá bordeaba los cuarenta y ocho años, creo. Perdí el interés en la celebración y en el número cuando inicié con lo de esconderme entre las sábanas de la cama para tapar mi silueta con el fin de que él no me encontrara y así no pudiera quitarme la ropa interior.

Papá tenía la barba larga y hablaba como escupiendo la palabra, por esta razón la saliva se le pegaba a ella y el olor pasaba a ser asqueroso. Los dientes eran grandes, amarillos y en unas muelas tenía calzas negras. Las manos peludas y enormes me generaban mucho miedo, sobre todo cuando me cogía a la fuerza, me sentaba sobre una almohada y abría mis piernas violentamente, a la vez que me apretaba las manos tras cerrar su puño derecho. Él era salvaje. Jamás pude soltarme y menos gritar.

El cuarto auxiliar siempre estuvo oscuro. Por ejemplo, nunca logré identificar los diferentes juguetes arrumados en la esquina izquierda y que usé hasta cuando tuve nueve años. Esa habitación me generaba terror. Hasta allí me llevaba papá, después, aseguraba la puerta. Parecía sonreír mientras me acariciaba si es que se le puede llamar así a semejante brutalidad. No hablaba. Tampoco cruzaba sus ojos cafés con los míos. Y, entonces, la lengua se me empelotaba. De igual modo, el cuerpo se me paralizaba, sentía el estómago revolverse, las ganas de vomitar aparecían, un escalofrío abrazaba mi escuálido cuerpo, empezaba a temblarme la quijada, a castañear los dientes y trataba de sacudir las manos. Enseguida, veía que acercaba su cabeza a mis piernas, su barba rallaba el interior de mis extremidades desnudas; su boca hedionda cubría mi vulva, lamía y chupaba acompasado hasta causarme dolor. Desde esa posición alcancé a advertir la naciente alopecia de papá en la coronilla y el color castaño de su cabello. Varias veces, asomaba la vista entre mis muslos y permanecía alerta a mi reacción. Yo solo rogaba para que mamá entrara con algún objeto pesado y le estallara la cabeza. En seguida que la sangre le brotara a chorro, que cayera al piso y que, a continuación, saliera corriendo como una bestia acorralada; que la sangre y la infamia lo persiguiera, y que el recuerdo de él se borrara. Pero eso no sucedió.

Hace varias noches le conté a mamá. No lloró, por el contrario, se encolerizó. Le vi el rostro rojo, también, crispó las manos. No me golpeó, pero noté las ganas de estrellar, romper y tirar todo.

Llevo doce días fuera de la casa y todavía me persigue la inmundicia, la maldita inmundicia. En tres días cumplo diecinueve. No pienso volver. Extraño a mi hermano Jesús y, contradictoriamente, a mamá, pese a sus dos peligrosas cualidades: orgullo y fidelidad. A papá no quisiera nombrarlo porque es como llamar la cuerda en casa del ahorcado; no obstante, he tomado la decisión de darle un escarmiento, no de matarlo, sino de ponerle una pistola en la cabeza, llamarle la atención sobre la destrucción de mi vida y que me contemple asombrado. Quiero verlo arrodillado, llorando y suplicando por su existencia. Eso me reposaría un poco y, luego, que Dios haga con él lo que le venga en gana.

Por el momento, me preocupa que no logre convencer a la policía: paradójico que me toque persuadir a las autoridades ante el honor perdido. A los medios de comunicación no acudiré porque el sensacionalismo, el abuso y el morbo es lo único que los mueve. ¿Qué tal que me dijeran —con tono paternal— que les detallara uno a uno los abusos? Bastante he luchado para olvidar ese horror que no me quiere soltar. No me quiero imaginar los titulares expuestos en los noticieros, ni la foto familiar con mi cara difuminada en primera plana, ni las notas periodísticas tergiversando los hechos y amparados por la libertad de prensa.

Lo cierto es que no regresaré.

Martha, mi mejor amiga, ha dispuesto un cuarto junto al de ella para refugiarme. La universidad tendrá que esperar. En la nueva pieza paso las horas matando cabeza en si podré corregir mi vida, como si yo hubiera dañado mi caminar. Lo guardado son escombros y restos de una trama desgraciada. Ahora, tengo insomnio. Quizá alguien me dirá que nadie puede seguir cargando la culpa de otros, pero quién es él o ella para hablar de algo que jamás ha vivido en carne propia. Lo que escondo no es pasajero, ni un viaje, sino un lugar abominable. No es verdad que toda vida es una novela feliz, en cambio, yo arrastro una tragedia por culpa de una basura de quien esperaba seguridad.

Ya han pasado tres meses desde que hablé con mamá. Parece que nadie me extraña en casa. Presiento que allí suponen que mi huida no fue por riesgo, sino un destierro anunciado. Ninguno me ha llamado, ni para saber si estoy comiendo. En realidad, cada vez deseo menos el mundo. He tenido noches de ansiedad. Además, un decaimiento me acompaña. No quiero quitarme la vida, eso sería darle gusto a él, aunque todos sabemos que el universo está al borde del abismo. No me cuestiono porque sé que preguntar es como tirar anzuelos, puede que algo caiga. Es más, trato de no soñar, a pesar de que es difícil con tanto demonio encima. Yo le escuchaba decir a la abuela María Gabrielina que en los sueños nos vemos reflejados, por eso procuro dormir poco. Martha es la única persona que sabe mi desdicha. No he querido contarle a nadie más, ni a los familiares, porque los lazos con frecuencia se vuelven cadenas.

Ahora mismo estoy pensando que mamá no tiene la culpa. Ella renunció a la palabra cuando se casó. Se entregó a la sumisión para no caer en infelicidad. Envejeció junto al fracaso. Supongo que el querer se olvida cuando se lleva tanto tiempo juntos. Asimismo, la rivalidad, la envidia y el agotamiento a menudo ganan la partida ante el amor. Sin embargo, mamá está hecha para eso: con la idea de que las cosas así son. De aquí que ella haya desistido de todas sus libertades.

En cinco días cumpliré quince meses lejos de casa. Ya casi no lloro, pero me acompaña más el deseo de morir. Tampoco pienso en cambiar mi vida, ¿acaso existe esa opción para mí? Lo que sí me preocupa son las *otras*, aquellas que no han andado lo suficiente y les espera el camino de la penitencia porque yo ya no tengo salvación: el infierno me vigila.

CHUCHO NAVARRETE

No era una vida cualquiera, hay que decirlo.

Juan Gabriel Vásquez, *“Volver la vista atrás”*

Todos los fines de semana escuchaba llegar al tío Chucho en una bicicleta roñosa: casi que la arrastraba, contó Emilio una mañana gris con el sol colgado atrás. De cuerpo enjuto, como trasijado, trémulo, torvo y huraño, así describió la gente a Jesús Navarrete.

Mamá decía, mientras veía por la ventana, “ahí viene Chuchito”. Lo identificaba a pesar de la ceguera que la acompaña desde muy joven. Se reía porque venía tambaleándose por la calle 47 y descompuesto por el amanecer. Una sombra negra y larga seguía sus pasos, moviéndose y trepándose por la acera derecha de la angosta vía pública. Era una sombra desequilibrada.

De no ser por la bicicleta que remolcaba, hubiera caído cada sábado.

Por eso, en la casa se acostumbraron a esperarlo antes de las 7:30 a.m. con una ollada de tinto. Papá ponía en el bolsillo derecho del pantalón diez mil pesos y aguardaba sin prisa el arribo del cuñado mientras soplaba el pocillo caliente lleno de café servido por mamá.

Cuando el tío Chucho se encontraba frente a la puerta con sus zapatos coloridos, papá desenllavaba, retiraba el candado, corría el pasador, alejaba un grueso palo de la parte inferior que ponían para que no se entraran los ratones y abría la puerta. Al ingresar echaba la bicicleta por delante, después, el olor a anís entraba e inundaba la casa. Trataba de recuperar el equilibrio prendiéndose de las paredes mientras se bamboleaba. Papá lo ayudaba a sentarse aguardando a que se durmiera. Por su parte, mamá lo recibía sin estribillos a pesar de recordar las cagadas de su hermano en la juventud. Por ejemplo, en una ocasión me contó mamá que el tío Chucho se desapareció dos días de la casa. Se percataron de la ausencia porque no lo vieron lustrar los veinte

pares de zapatos en el patio como lo hacía a diario. Dizque el calzado tenía una vivacidad: se podían identificar las once tonalidades básicas y otras gamas. Los hermanos menores, preocupados, salieron a buscarlo cuando el tercer día se avecinaba. Ya estaba volantón y el trago lo había atrapado. Sin embargo, no se hallaba lejos. Dos cuabras arriba de la casa paterna, en el centro de Neiva, unas pirujas morenas de senos puntiagudos, alborotados y altos, además de piernas duras y calientes, residían en la Casona de Catarino de día y por la noche trabajaban. Y allí lo encontraron: ajumado y brindando como con diez putas cuando el día abría de par en par, así le contaron a la policía y al abuelo Remigio los hermanos menores. Llegaron a recogerlo, pero el tío Chucho pidió otra media de aguardiente, le sentó a cada hermano dos fulanas encueradas para que los treparan y salió sin avisar. Alguien le escuchó en la puerta: “Ahí les pago con virgos y lo que sobre me lo guardan”. En resumen, la cuenta fue larga y al abuelo Remigio le tocó pagar cada botella desocupada, tocamientos y penetraciones.

Yo despertaba cuando mi olfato se anisaba; lo advertía resollar y parecía chupar un gargajo. No salía de la cama, empero agudizaba el oído para escuchar la perorata del tío Chucho, dijo Emilio. La voz me acercaba a una decepción que él acentuaba una y otra vez. En ciertos momentos, también, lo sentía colérico porque la mujer no hacía lo que para él era correcto: atenderlo con mansedumbre bestial. Tenía una hija estudiando derecho y el sueño era que se graduara para que saliera a ganarse siete millones de pesos, con eso, terminar el enchape del primer piso, cambiar los baños, comprar la reja de la entrada, hacerle un ventanal a la cocina, montar la plancha para la segunda planta y levantar unas paredes que permitieran proyectar dos pequeños apartamentos y así apoyar la economía familiar mientras llegaba la esquivia pensión policial al tío Chucho.

Él había sido agente de policía por varios años; no obstante, lo sacaron por múltiples anotaciones en la carpeta, aunque siempre comentaba que todo fue culpa de Alfonso —cuarto hermano de los doce hijos entre Remigio Navarrete y María González— quien trabajaba en la parte disciplinaria de la institución, pero nunca le mencionó nada ante cada falta registrada al tío Chucho. De esa época le quedó el Popo: un pequeño revólver chato (Smith & Wesson) que mostraba a todo

el mundo, especialmente cuando se emborrachaba, lo cual llevó a que se lo robaran en uno de los tantos jarterones. Debe ser que, por eso, recitaba cada rato la oración de la Virgen de los desamparados.

También fue candidato al Concejo. Junto al hermano Silvano organizaron la campaña. Mandaron a hacer una pancarta del partido conservador y la montaron en una carroza jalonada por un caballo famélico. En resumen, la participación política dejó más pérdidas que ganancias. Por ejemplo, el tío Silvano nunca recuperó el dinero de las cuatro vacas vendidas que invirtió en la azarosa acción electoral. Por otro lado, el tío Chucho jamás respondió por los gastos. Siempre decía que “eso fue un andar por caminos que enseñaron mucho”. Por esta razón, ellos no podían verse. Así que donde estaba el uno el otro no se asomaba.

Nunca supe cómo podía beber hasta embriagarse cada ocho días y vivir renegando ante la falta de dinero, continúa relatando Emilio. Mamá lo justificaba diciendo que él no gastaba plata, sino que se bebía los cunchos, además que algunos amigos le daban trago para escucharle la lengua, a pesar de que hablara chispeando la palabra. De verdad, eso me generaba confusión. No obstante, para el tío Chucho el licor era motivo de alegría y no importaba que la Chata lo jodiera en la casa por no trabajar y ponerla a aguantar hambre.

—Con calzones y una camiseta nomás para echarse a vivir nadie pasa. Mire usted: no tenemos qué comer —declaraba la Chata a conocidos y familiares.

Mientras hablaba, papá no se movía de la silla y atendía la monserga sin manifestar palabra. Yo lo veía desde la ranura del marco de la puerta mover la cabeza como asentando lo enterado. Por instantes, volteaba a mirar el techo mientras escuchaba sin prestar atención; solo lo oí expresar, cuando el tío Chucho estaba lejos de casa: “Ese huevón golía mucho a aguardiente”.

Conforme llegaban las 8:30 a.m. el tinto escaseaba. Mamá pasaba a la cocina, traía un pan tieso y ponía de nuevo la olla con agua, vertía dos cucharadas de café Sello Rojo y destapaba una bolsa de leche Surcolac. A esa hora el calor ya buscaba los cuerpos frescos. El sol había salido temprano, sin embargo, el tío Chucho creía cargar la noche a cuestas.

Un par de “hosannas” y “glorias” acompañaban la estadía del cuñado de papá. Luego, venía la petición. El tío Chucho sacaba algún recibo de servicio público, lo mostraba para que corroboraran que no lo había pagado y, después, suplicaba diez mil pesos. Papá sacaba del bolsillo el dinero y le tributaba con caridad.

La demora era recibir el peculio para que en seguida el tío Chucho saliera extendiendo las comisuras de los labios. Se despedía levantando y agitando la mano izquierda, siempre echando la bicicleta por delante.

Tiempo después, un domingo temprano, pasó por la casa sin entrar. La brisa fresca de la mañana improvisaba pequeños remolinos con el polvo, las hojas secas y los pétalos rosa caídos de los robles la noche anterior. Llevaba, como de costumbre, la bicicleta, pero no la montaba, caminaba a su lado sosteniéndola por la dirección. Parecía hablarle, su rostro poblado de años lucía a punto de desplegar una sonrisa.

Justo cuando pasó frente a la casa lo escuché: iba cantando el *Tantum ergo* en latín. Pensé que lo había aprendido en sus tiempos de seminarista en La Mesa de Elías, antes de ser policía. Yo, en cambio, lo memoricé como monaguillo dominical de los curas claretianos en la parroquia del barrio. No entendía lo que significaba, pero igual sonaba bien y daba un aire de altura y moral cristiana.

Todos en casa estaban extrañados porque hacía un mes que el tío Chucho había dejado de pasar borracho, los sábados en la mañana. Sus hábitos habían cambiado: ya no eran el burdel, las mujeres y las largas conversaciones con los compañeros de andanzas. Ahora, en la parri-lla de la bicicleta y amarrados con cuidado llevaba una biblia Reina Valera, un devocionario y el catecismo del padre Astete. Estaba preparado para dedicarle las horas de la mañana a los asuntos de Dios.

Luego, supe que su cambio era total: volvió a trabajar; consiguió un puesto fijo de coterero en la plaza de mercado descargando víveres y verduras. En cinco semanas se había vuelto el hombre modelo del agrocaticismo. La Chata contaba que, con el toque del ángelus, que le llegaba a las profundidades de su ser, Chucho se metía debajo del toldillo y empezaba el rosario que destinaba a cada uno de los miembros del santoral.

No era mucho lo que llevaba a la casa, pero al menos el hambre no trabajaba en la perdición. A pesar de eso papá insistía en que “el que es no deja de ser”, por tal razón, siempre mantenía los diez mil pesos en el pantalón por si el cuñado volvía a las correrías nocturnas.

EL CANTO DE LAS SALAMANDRAS

Esta incredulidad:
un pez que salta y ya no encuentra el agua.

Piedad Bonnett, "Luz blanca".

Esa noche las salamandras que se esconden por entre las vigas del techo de la casa empezaron a cantar temprano, justo después de la comida, como anunciando el desborde del curso normal de la vida. La abuela, que hacía una semana estaba de visita, vio las noticias y después pidió la linterna, una bolsa plástica y siete cucharadas de sal, para cazar los caracoles que se comen las albahacas y los lirios del jardín. Más allá de la barda se oía un concierto de grillos y con la brisa que llegaba de los barrios del humedal por entre los guamos y el guayabo, se escuchaba la voz de un rancharo despechado que había decidido soltarle la rienda a su potranca, después que se tomaron la última copa.

Capturó 22 caracoles, los saló y colgó la bolsa plástica de una puntilla, porque al otro día por la tarde pasaría la basura. Cuando nos subimos al dormitorio, la abuela se sintió sola y se fue a dormir en el cuarto de atrás. Rezó un rosario en nombre de la familia y agregó tres avemarías por los familiares que se le olvidaron cuando ofreció el rosario. Se metió debajo del mosquitero y recordó que no había ido a la misa de cabo de año de Jesús, su esposo muerto hace 10 años. Se arrepintió por no haber sacado el tiempo para ir a la iglesia y se sintió intranquila. Sacó de la boca sus cajas de dientes, las puso en un vaso de cristal con agua y se recostó. Antes de quedarse dormida miró la mesa de noche y creyó que desde el fondo del vaso sus cajas le devolvían una sonrisa sin rostro. Le pareció extraña y la completó con su propia cara, en una sonrisa a dos tiempos. Luego se durmió mirando el techo blanco con figuras caprichosas formadas por las manchas de las goteras.

Al otro día se fue temprano. Sacó la disculpa que las matas estaban abandonadas y se podían secar; que la ardilla y los pajaritos no

tenían comida y que era necesario darle una vuelta a la casa: todos supimos que esa no era la verdadera razón de su viaje intempestivo, pero callamos.

La noche anterior, después de quedarse dormida por un rato, despertó, porque algo o alguien la miraba a través del mosquitero, mientras ella lo sacudía para espantarlo. No tuvo miedo, pero creyó que era don Jesús que le cobraba su olvido. Tres veces antes del amanecer, la misma visión la visitó: don Jesús la miraba callado y serio. No decía nada, pero no estaba jovial como había sido, antes de irse para siempre.

A nosotros, la abuela nos dijo que era un gato pequeño que estaba perdido y se había subido a la cama, luego dijo que era la iguana que vive en las veraneras. No quiso reconocer que no era ninguna de las dos cosas. Se enojó y levantando el brazo masculló: *¡Por eso!*, y se calló. Luego, caminó hasta la alcoba para arreglar sus bártulos.

Se fue a las 8:00 a.m. sin volver a hablar del asunto o de cualquier otra cosa. El mismo taxi que la recogió la puso en una hora en el lugar donde el tiempo encierra los recuerdos de más de medio siglo de su matrimonio con don Jesús, quien se fue a esperarla allá arriba, donde quedaron de verse si alguno de los dos se iba primero.

Ninguno, ni ella misma, creyó lo del gato o lo de la iguana, pero el caso nunca se volvió a mencionar. Mientras tanto, la familia de las salamandras ha crecido y, las nuevas han aprendido a cantar con ese sonido extraño que parece imposible que salga de su cuerpo rosado y transparente como de gelatina de durazno.

La abuela va a volver a visitarnos porque los dos viejos siempre quisieron mucho a la “muñequita que pone la alegría en la casa” —como decía don Jesús cuando ella llegaba del trabajo e iluminaba la sala con el saludo de su sonrisa— pero sabemos que la abuela no volverá a dormir en la cama de la alcoba de abajo, después del canto de las salamandras, frente a la extraña presencia que las sacó de sus rutinas de cazar insectos por entre las vigas del techo.

ESCRIBO

Las palabras huyen
de los gendarmes de la lengua
que las clavan como insectos
en las celdas de un manual.

Juan Manuel Roca, "Palabras"

Cuando era chico miraba los grandes y gordos libros en los estantes de la biblioteca escolar con cierto temor, asombro y peligro. La mayoría eran enciclopedias y a duras penas las pude cargar. Por aquella época mi niñez transitó a través de muchas contrariedades. No ser aceptado por mis compañeros y estar privado de mínimos sociales fueron razones que me llevaron a mantenerme solitario y a seguir ciertos hábitos que me acarrearón impopularidad; no obstante, la biblioteca solitaria de mi escuela me acogió en silencio y melancolía. Tuve la costumbre de niño solitario; por lo tanto, acudía a espacios de escape, es decir, inventaba historias, conversaciones entre personajes imaginarios o hablaba solo, esto creó —entre mis compañeros y profesores— una noción de *retardo*. Mi vida apenas iniciaba, pero ya sentía una rara sensación de estar segregado y ser menospreciado. A mis padres nunca les conté, suficientes eran los constantes llamados a la escuela, unas veces por mal comportamiento, otras porque la profesora Elsa insistía en que yo tenía algo en la cabeza.

En clase el puesto que ocupaba estaba frente a la docente dizque para mantenerme vigilado. No paraba de mirarme y algunas veces se sorprendía por mi silencio. Recuerdo que un día, antes de terminar la jornada, preguntó: "Barrera, ¿qué maldad está pasando por esa mente?". Ese día reí y asumí el rol de malo.

Inicié a leer tarde, a pesar de que en la escuela fui siempre el ejemplo de cómo se debía hacer o, mejor dicho, de entender lo que leía. Luego —en la universidad— empecé a leer y escribir porque era la única forma de hablar con algunas personas, especialmente con las

mujeres que pasaban y disipaban la mirada: comencé a hacerlo para comunicarme con ellas, de algún modo, diferente.

Tuve consciencia del primer escritor colombiano por boca de mamá. No entendía el porqué odiaba a José María Vargas Vila sin haberlo leído, pero mi curiosidad ganó ante las continuas menciones: esto despertó una atracción especial. No puedo decir lo mismo de mi padre, ya que su ternura y pasividad se complementaba con su analfabetismo, llevando consigo su única lectura: la vida y el trabajo áspero, ese que pone la piel adusta y estéril. Sin embargo, fue por él —parece contradictorio— que aprendí a amar las bibliotecas, por tanto, los libros. Papá creía que el conocimiento reposaba en los textos; por eso me compraba, con dificultad, todos los libros que solicitaba el colegio. Las obras de literatura que adquiría eran una mala copia, para ilustrar mejor, pirateadas, y las cartillas las compraba usadas (desgastadas y rayadas) en la cacharrería Maíto, ubicada en el segundo piso del Centro Comercial Los Comuneros, en Neiva. Con el paso del tiempo y ante el cúmulo de libros que íbamos amontonando en una mesa esquinera, por el gran número de asignaturas, papá pensó que era hora de organizar la biblioteca. Por tal razón se le ocurrió adecuar el viejo bife de cajoneras donde se guardaban las vajillas —obtenidas por medio del intercambio de medicinas— vasos, cubiertos y todo lo necesario para un comedor. De tal modo que la parte superior la desocupó y allí empezó a acomodar los libros. Más tarde, hizo fabricar una estructura de metal con puertas corredizas y allí los trasladamos.

Papá cuidaba con recelo los textos a tal punto de no dejarme prestar ninguno a mis compañeros. Facilitarlos era ceder el poder hecho palabras impresas. En algún momento le puso un candado a la biblioteca por si se me ocurría desobedecer la orden, aunque con él las cosas debían cumplirse sí o sí. Por su parte, mamá decía que la literatura formaba herejes y que la poesía era para marihuanos, y ateos. Debe ser que, por eso, contaba a familiares y allegados, con voz compasiva, que su hijo estaba estudiando para ser profesor de literatura, por esa razón, todos tenían la obligación de hablar conmigo para contener el inminente infortunio.

En resumen, papá, sin mayor propósito, contribuyó a la posterior obsesión por armar, amar, organizar y nutrir mi biblioteca (de ahí los libros); asimismo, a la seducción de la anticipación inmortal y a emocionarme frente a la *difusión de la memoria vegetal*.

DOS METROS

Don Juan me contó que estudió economía, mientras instalaba unos televisores en mi apartamento. Utilizó dos taladros, martillo, metro, nivelador, algunos tornillos y chazos que guardaba en tres cajitas, de acuerdo con el tamaño, para la labor. Tomaba medidas y las escribía en la mano para no olvidarlas. Todo se convertía en números y espacio que él fácilmente ubicaba, sugiriendo el lugar más adecuado para acomodar cada objeto. No le pregunté el porqué de la actividad. La verdad, me pareció imprudente indagar más de lo mencionado. No obstante, deduje que la pandemia lo había golpeado. En tanto que acomodaba las cosas no paró de hablar: hasta mascullaba cuando taladraba. Por ejemplo, repasó su etapa en la universidad. Recordó a ciertos profesores que lo ayudaron con el trabajo de grado. También hizo alusión a los tropeles universitarios de su época. Afirmó que antes las cosas eran duras y de verdad: “bus que pasaba, bus quemado”. Sigue hablando y ahora interactúa conmigo. Pregunta por mi origen y ocupación. Respondo sin mayor cuidado, pero revelándole que había renunciado al ejercicio del derecho, que decidí no volver a esa situación kafkiana, que me encontré con otro devenir, lejano de la insatisfacción proveniente de la culpa. Retoma la palabra. Espero con atención el monólogo restante. Lleva todo el día colgando televisores: primero, a unos profesores procedentes de Bogotá que cambiaron de ciudad por cuestiones de seguridad y movilidad, esto último pesó por el colegio de los hijos; segundo, a un capitán de la Policía que entre cerveza y cerveza le confesó la notificación del traslado a Chocó y, tercero, a una escuela pequeña que piensa implementar alternancia en las aulas a pesar del crecimiento en los contagios. Tiene una gracia moderada para lograr entablar diálogo. Además, transmite confianza a través de una humildad envidiable. De cuerpo menudo, bajito, tez blanca, brazos cortos, ojos saltones, frente amplia por el asomo de la alopecia que trata de disimular trayendo el cabello de atrás y peinándolo con rayas hacia el lado derecho, va sonriendo sin preocupación mientras conversa. Viste de jean y buzo, no trae chaqueta —parece que el frío tunjano no lo afecta—, zapatos de material color marrón y

en punta que me hicieron recordar a mi padre. Carga un bolso pequeño a la espalda y una caja de herramientas de tapa amarilla pesada por la evidente inclinación hacia el costado izquierdo. Dijo ser hijo de madre sucreña y papá boyacense. No tolera el calor, pero dejó escapar el deseo por una fanegada en algún lugar templado. Terminada la labor se despidió con una venia y soltó lo siguiente: “profe, no hay nada mejor que una tierrita que no sea ajena”. En ese momento no supe qué decir. Lo vi alejarse al salir y cerrar la puerta. Yo quedé inmóvil. Pasaron unos segundos para retornar a lo escuchado. Pensé en lo diferente que sería si los campesinos tuvieran su propia tierra, aunque recordé que, según Tolstoi, dos metros es lo que necesitamos.

DOS

¡LE VENDO MI ALMA AL DIABLO!

Pregúntate: “¿quién demonios eres?”.

Susan Sontag, *Diarios*

A Rómulo lo conocían en Florencia por bebedor, así lo contó Nicolás una tarde de cielo encapotado. De padres tolimenses y abuelos vallunos. La familia había llegado a mediados del siglo XX, en la época de la Violencia, cuando él estaba de brazos. En un principio, se instalaron en lo que hoy se conoce como Puerto Rico; descuajaron montaña y se hicieron a un pedazo de finca en tierra hostil y ajena. Los caminos no eran carretables y la manigua se extendía por zonas extrañas. Los malos negocios del padre obligaron la movilidad. Primero, arribaron a El Doncello luego de vender la parcela por unos pesos y pocas vacas. La segunda transacción los arrojó a La Montañita, sin animales ni vivienda. Y la tercera aventura comercial los obligó a acudir al apoyo familiar materno en Florencia.

—Llegamos con una mano atrás y otra adelante —repetía Rómulo al evocar su comienzo.

Los amigos más cercanos lo recuerdan por pendenciero y ríspido. Tenía cincuenta y nueve años cuando murió. Enviudó dos veces, no tuvo hijos y gran parte de la familia se dispersó en busca de nuevos horizontes después de la muerte de los padres. Los vecinos de Las Malvinas lo apreciaban en sobriedad, pero dudaron siempre de tanta coincidencia tras perder dos mujeres en poco tiempo.

—Siempre salía temprano de la casa —alude Nicolás.

Una mañana lo observaron bajar sin prisa. Sonreía más de lo normal. En la primera tienda que encontró se sentó para despertar el cuerpo con un trago. Varios amigos fueron llegando como si estuviera acordado el encuentro. Frente al establecimiento una calle angosta serpenteaba por el barrio.

No pasaron más de dos horas cuando, entre carcajadas, lo vieron lanzarse a la calle al pasar una volqueta cargada de material. Nadie podía explicar lo sucedido.

—Saltó como si algo le hubiera picado en el culo. El cuerpo quedó envuelto en la pacha trasera del carro y los sesos regados por el suelo —relató Ángel.

La noticia se extendió rápido por Florencia. A Nicolás le informaron al medio día mientras recibía el almuerzo en la planta del IDEMA.

—Apenas supe pedí permiso al jefe para ir a ver en qué ayudaba. Salí con Jorge Pardo hacia la tienda donde lo vieron por última vez.

A su llegada el cuerpo se mantenía en medio de las llantas.

—A mí me tocó ayudar a mover el cuerpo y recoger los sesos regados con una escoba. Ya estaba frío y empezaba a llover. La sangre había hecho un hilo de camino que se mezclaba con el chubasco.

Mientras narra cierra los ojos, levanta la cabeza y estira sus manos para implorar protección divina y termina envuelto con una señal de cruz de la cabeza a su pecho.

—Como saber que Dios me está escuchando, yo los levanté —dijo Nicolás.

Esa mañana, entre las botellas, Rómulo había confesado su abundancia ante los acompañantes: “¡Le vendí mi alma al Diablo!”, gritaba.

—Yo lo vi sacar los fajos de billetes para pagar la cuenta —confirmó Bitelio.

Alberto comentó que, entre risas, le advirtió:

—No diga eso Rómulo que las palabras tienen poder, las paredes oídos y Dios escucha todo.

Al caer la tarde la Policía hizo lo suyo y la funeraria se llevó el muerto. El velorio no tardó. Fueron escasos los familiares y más los vecinos que acompañaron la noche de la entrega del cuerpo.

—Un sobrino recibió el difundo porque no había mucho pariente. El ataúd lo pagó un hermano de él que vive en Estados Unidos. Pero lo impresionante no fue eso.

El cuerpo llegó a las 8:00 p.m., en medio de un diluvial aguacero acompañado de vendaval. Lo descargaron cerca de la iglesia del barrio, en la casa de Nicolás. Esa noche fue el velorio. Alicia, devota y rezandera, ofreció los rosarios, el novenario y las jaculatorias respectivas.

“Se va a levantar la casa”, se escuchaba decir a los visitantes al ver la tempestad creciente.

Sacar el féretro de la residencia e ingresarlo a la iglesia tuvo su dificultad al día siguiente. Veinte hombres cargaron el cajón. El peso era impresionante. Nicolás aseguró que las llantas del carro funerario estallaron al ponerlo adentro.

—Yo le puse el hombro para cargarlo. El peso aumentaba en la medida que lo entrábamos a la iglesia. No dejaba de caer agua y el viento impedía caminar recto. El párroco Antonio le dijo a Raúl que alguien estaba desesperado por el alma de Rómulo, por eso no demoró la misa y el agua bendita la regó en la puerta de la parroquia a la salida del cadáver.

El miedo entre los acompañantes crecía mientras se acercaban al cementerio. Algunas personas se quedaron a mitad de camino. Alicia no perdía la fe de interceder para disminuir la lluvia a través de los rosarios. El desespero por enterrarlo rápido se apoderó de todos e hizo del evento un acto más. La oración del eterno reposo se escuchó a lo lejos: “Dale Señor el descanso eterno. / Brille para él la luz perpetua. / Descanse en paz. / Amén”, sin réplica alguna. No hubo llanto, ni música, ni alcohol.

—A Rómulo lo enterraron en silencio. No elevaron mensaje de protección divina ni *Veni Creator* —recordó Alberto.

Lo sepultaron sin nada para limpiar la avaricia mientras Alicia musitaba: “Acordaos, / oh piadosísima Virgen María, / que jamás se ha oído decir / que ninguno de los que han acudido / a tu protección, / implorando tu asistencia / y reclamando tu socorro, / haya sido abandonado de ti”. 30

SERENO DE AMOR

Ella le preguntó por esos días si era verdad, como decían las canciones, que el amor lo podía todo. «*Es verdad*», le contestó él, «*pero harás bien en no creerlo*».

Gabriel García Márquez, *El amor y otros demonios*

A Benjamín, el celador del barrio, lo dejó la mujer. Así me contó debajo del guayabo que está diagonal a la casa, la mañana del jueves. Coincidimos en ese lugar porque me acerqué sorprendido al ver tanto fruto en el suelo, parecía un tapete amarillo que se extendía hasta las últimas ramas del árbol. De paso lento, encorvado y quedo al hablar, se acercó; sus ojos saltones lo delataron, las manos cerca al pecho las frotaba sin parar y la ausencia del diente central en la boca era notorio por las sonrisas nerviosas. Siempre lleva la peñilla al cinto y una pistola Prieto Beretta de fogueo envuelta en una bolsa plástica blanca que guarda en el canguro para ahuyentar ladrones a pesar del miedo que le produce maniobrar armas. Con su entrega cada vez que cambia de turno “la tranquilidad vuelve al cuerpo”, comenta.

Lo noté cabizbajo y triste a pesar de su giboso cuerpo. A Benjamín lo conozco hace cuatro años. Hablamos de todo: de la familia, de la cuadra y, especialmente, de la presencia y encuentro con su mamá, muerta en diciembre del año anterior. Recorre el barrio sin prisa. Algunos vecinos dicen que parece un alma en pena. Por las noches su presencia no es notoria, tampoco le gusta hacer ruido, por eso renunció al pito dotado al inicio de la labor guardiana. Con frecuencia se mira escondido entre la maleza y los arbustos del barrio para “sorprender al malhechor”, explica. Dice no temerle a la oscuridad, pero siempre carga la linterna porque “hay que ser precavidos”. Llega diez minutos antes de tomar el turno. No le falta el fiambre y la gábata para la sopa, también, un botellón de limonada que carga a todo momento para la sed habitual. El uniforme azul no alcanza a esconder la barriga y las botas no disimulan el tamaño adicional que le pone a los pies, aunque impecable lo porta.

—Benjamín, ¿cómo va todo? —pregunté.

—¿No le han contado? —respondió.

—¿Qué cosa? —indagué.

—Pues, Pilar me dejó, se fue con el marido, el borrachoso ese que le pegaba. ¿No sabía? — insistió.

—¿Cómo así?, ¿por qué?, ¿qué pasó con doña Pilar?

—No sé bien, pero ella primero me dijo que se iba con el hijo a San Vicente de Caguán, luego, me cambió el cuento hasta que se confesó: volvía con el marido.

—¿Y usted qué le dijo?

—Puej, le pregunté: ¿por qué me hace esto, amor?, ¿qué le pasó?, ¿ya no me quiere?

Con nervios seguía contando; parpadeaba para cortar las lágrimas, el tartamudeo le impedía relatar con normalidad y la respiración pasaba a ser fatiga. Convivió nueve años con Pilar, le ayudó a criar dos hijos de los ocho que tuvo con el primer marido. A los quince años ya tenía dos hijos, los demás fueron hechos uno detrás de otro.

—La conocí una tarde en Pueblo Nuevo. Ese día caía un aguacero tremendo y yo acababa de llegar a la casa con una carreta para reciclaje regalada por un político en las votaciones: uno rojo estaba para la alcaldía. Llegó con tres de sus hijos a vivir cerca de mamá. Yo la vi como extraña, pero al tiempo me contó que se había ido de fuida del marido porque tomaba mucho, le pegaba y le gustaba andar con mujeres de la vida alegre. Hasta que un día me decidí y le propuse que nos juntáramos. Yo vivía con mamá y una hermana. La casa era de mamá, por eso mi hermana le hizo la vida imposible a Pilar. Mamá murió y tuve que dejar todo para irme con ella a un ranchito arrendado en el mismo barrio. Pilar es buena mujer. Yo le daba lo que podía. Siempre que llegaba a la casa me tenía agua de panela. Me decía: “mijo, ¿qué le paso?”. Se levantaba cuando me escuchaba llegar, preparaba la comida para traerla y la ropa estaba bien aplanchada y ordenada, sobre todo el uniforme, sin falta. De cariño nos decíamos amor o cusumbito. Pero

de un tiempo para acá la noté extraña, no era la misma. Hacía oficitos, trabajaba medio tiempo y ya los hijos se habían ido de la casa. A la mayor la preñaron, no terminó la escuela y consiguió marido; la otra era como jolomba y se devolvió con el papá hace poco; y el hijo, el negro, solo iba de pasada, él no me hablaba, casi no le conocí la voz.

Baja la cabeza para ver las manos que ahora aprieta sin parar, toma aire a pesar de la fatiga, mira de un lado a otro como si lo narrado fuera clandestino, aunque medio barrio ya conoce la historia. Vuelve a hilar en el relato:

—Ella hacía días que recibía llamadas. Yo la veía que se alejaba cuando timbraba el celular y regresaba al rato diciendo: “mi hijo me estaba llamando”, sin yo preguntarle nada. Eso pasaba.

Pilar, dos meses antes, había tomado la decisión de irse de la casa. No sabía cómo contarle a Benjamín la noticia. Primero, pensó en decirle que se iba para donde un hijo, luego, para donde la hija, la casa de los padres, también, era una opción, pero finalmente confesó: volvía con el marido.

—Jorge, yo sentí como un dolor en el pecho cuando ella me dijo eso. No lo podía creer. Las costillas se me hundieron y no podía respirar bien, mano. ¿No me ve flaco?, casi no como del desaliento.

—Pero ¿cuál fue la razón? —insistí.

—Le voy a contar, pero esto solo lo sabe mi Dios. Me dijo que una vez iba caminando por el centro y vio venir al marido. Se encontraron de frente, él le pasó la mano y desde ese momento perdió el sentido, que estaba como ida.

—¿Tenía untado algo él? —repliqué.

—No sé, mano. Pero ella desde ese momento cambió. Dice que me empezó a olvidar y a pensar mucho en el marido, que lo imaginaba a toda hora y con las llamadas arreglaron para que ella se fuera con él a la finca.

La revelación fue en la mañana y a la tarde partió. El mixto salió a las 2:00 p.m., hacia la vereda Agua Bonita, atiborrado de carga para

entregar por el camino y de personal a sus fincas. El recorrido es corto, pero las paradas lo hacen tedioso y extenso. La noche anterior, Carmen, la hija del medio, había llegado con el dinero enviado a Pilar para que viajara. A esa hora Benjamín no se encontraba porque el turno coincidió con la coartada. Una pequeña maleta empacó y sin despedirse salió de la casa. Solo hasta el otro día hubo noticias. Llamó para informarle a Benjamín que no la esperara porque no iba a volver.

—Ella me llamó al otro día. Yo estaba preocupado porque cuando llegué a la casa no la encontré.

—Entonces, ¿qué hizo?

—Puej, llamarla, pero no contestó. Llamé a los hijos para conocer el paradero y ahí me dijeron que ella estaba con el papá de ellos.

—Pero ¿pudo hablar con ella?

—Sí. Me contó del viaje y me decía: amor. —Yo creo que el viejo la escuchó, pero ahí tiene porque fue él quien se metió en medio de nosotros—. Me dijo que la olvidara, que me consiguiera otra, que yo era bueno y que ella no entendía cómo pasó todo. ¡Sabrá Dios si es verdad!

—Y usted, ¿qué le respondió?

—Yo le dije que volviera, que la perdonaba y que la iba a esperar. Por eso estoy ahorrando para comprar las cosas de la casa que faltan. Cuando ella vuelva estará todo.

—¿Y si no vuelve, Benjamín? —contradije.

—Jorge, no sé qué hacer, entonces. Es que yo a ella la quiero. Mi vieja es buena mujer. Yo la entiendo —exclama, mientras levanta la mirada como implorando ayuda divina.

—Benjamín, pero esa historia suena como rara, ¿no? —dije incrédulo.

—No, es verdad, Jorge. Ya fui donde la hermana Diana que habla con los espíritus y me confirmó: ¡a ella la tienen trabajada!; por eso yo tengo la fe de que vuelva. El otro día por teléfono le dije que no perdiera esta oportunidad, que nadie se la daba. Además, la casa se siente

sola sin ella. No me gusta ir a la cocina porque me trae recuerdo y ahora duermo en otro cuarto.

La agitación inicial había pasado, el cuerpo inmóvil al narrar pareció despertar y echó a andar como Lázaro después de ser resucitado. Mientras caminaba pausado lo acompañé hasta llegar a la puerta de mi casa y le terminé diciendo: “Tranquilo, Benjamín, por ahí dicen que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista...”, aunque la verdad no sé si sea cierto tras el intranquilo gesto expresado por Benjamín antes de que retomara el camino.

Ayer llegaron noticias de Pilar. Lleva quince días por fuera y ya ha recibido tres muendas. A Benjamín se lo contó la vecina, amiga de ella. Todos los días la llama, pero no recibe respuesta. Solo espera la oportunidad para hacerle llegar quince mil pesos que traerán devuelta a Pilar.

TUPA TAPA

“No mandar cosas imposibles —decía mi madre— para no verse desobedecido”.

Alfredo Molano, *Trochas y fusiles*

Eran las 8:30 a.m. y el citófono del apartamento sonó. Al otro lado una voz joven y tímida me informaba la llegada del carpintero. Yo autoricé el ingreso; por lo tanto, busqué mi tapabocas, abrí la puerta y esperé la llegada de John. Demoró unos cinco minutos a pesar de los escasos ciento cincuenta metros que separan la portería de la entrada a la vivienda.

Unos días antes, John me había cotizado la elaboración de unas repisas para acomodar la biblioteca en el estudio: cuatro piezas de madera entamborada y nueve soportes de metal componían el trabajo.

Con él venía un hombre bajito, redondo y raído. Traía botas industriales, *jean* y dos chaquetas gruesas. Fue el primero en ingresar. Era el encargado de cargar las herramientas: cuatro maletas en total. Preguntó —a sí mismo— en dónde podía ubicar los utensilios. Yo no respondí. Sin embargo, pensó en ponerlas cerca para alcanzar —supongo— cualquier aparejo, pero John le ordenó sacarlas del lugar destinado a colgar las repisas.

Por su parte, John era más alto. Esta vez llevaba barba, aunque la escondía bajo el tapabocas. Las manos se veían grandes y ásperas. Entró con las piezas a situar envueltas en vinipel. Mencionó que se había dado en la cabeza al cobrar tan poco por la labor. Hizo cuentas de los gastos apoyándose con los dedos de las manos y terminó rascándose la cabeza como si pasara un rastrillo.

El acompañante de John se identificó como Pedro. Caminaba de un lado a otro con la cabeza gacha, parecía incómodo, pero luego entendí que no podía quedarse quieto. Repetía dos veces las palabras al hablar

y si John le solicitaba algún instrumento, las repetía muchas veces. Su comportamiento me llamó la atención. Mientras trataba de asistir a John noté que nunca encontraba lo solicitado, además, olvidaba todo. Se devolvía y preguntaba, buscaba asociar o simplemente decía no conocerlo o no tenerlo entre las herramientas. También, enarcaba las cejas como si no entendiera. Por ejemplo, cuando le pedían un tornillo siempre lo clasificaba como “el gordo”, “el gordito”, “el gruesito”, “el anchito”, “el menos gordo”, “el delgado” o “el delgadito”; es decir, una categorización particular ante las diferentes dimensiones. No paró de hablar. Lo hacía para él, para John o para quien quisiera escuchar. Durante la actividad no crucé palabras con ellos. Solo escuchaba cada enunciado y ponía cuidado a cada historia. Pasado un rato percibí en él unos mohínes bruscos y otros movimientos un tanto torpes. Con cada minuto tomaba más confianza para hablar. Contó que la mamá estaba “vieja y sufría de todo”; empero, no especificó las dolencias. Y me cuestioné: “¿Qué tanto puede aguantar alguien que sufre de todo?”. O “¿Hay alguien que viva sin sufrir de algo?”. Asimismo, que siempre iba a verla cuando “la moneda lo permitía”; además, me enteré de que el papá —en la niñez y adolescencia— lo castigaba.

—Mi padre era muy estricto y las cosas se debían hacer cuando él dijera. Imagínese que me enviaba al corral por cualquier cosa y él escupía en el suelo para indicar que debía demorarme lo que tardaba la saliva en desaparecer; por eso, no gastaba mucho tiempo. Y si me demoraba, pues la garrotera era tremenda.

El reloj de pulso que portaba en el brazo izquierdo marcaba las 9:45 a.m. y la tarea iba a mitad de camino. Una de las repisas del centro no empató; no obstante, John trataba de buscarle acomodo para que pudiera verse una sola tira. La desmontó tres veces, pero el desnivel era evidente. Pedro simulaba estar atento, aunque al momento de la apelación hecha por John solo pudo responder: “tupa tupa”. No hubo réplica inmediata; sin embargo, mientras John seguía intentando acoplar, volteó a mirar a Pedro y con una sonrisa de extrañeza preguntó: “¿Qué es eso? ¿Tupa tupa?”. Al instante, Pedro respondió risueño y bien erguido:

—Pues, mi papá y mi abuelo siempre decían así cuando las cosas no salen por más que uno intente corregir. Son dichos de los viejos, uti-

lizados antes y yo los recuerdo como en este momento. John, usted lleva un buen rato tratando de ajustar y nada, así que “tupa tapa”; es decir, las cosas quedan así y ya —dijo Pedro.

John no pudo resistir la carcajada. Vi que su boca salía del tapabocas. Pedro, por su parte, no siguió la risotada y esperó la siguiente orden. Calló por unos minutos. Miró a lado y lado como buscando esconderse. Repasó el rostro de John y terminó fijando sus ojos en la esquina derecha de su posición. La reacción de John no duró mucho. Entendió el gesto de Pedro y calló.

Finalmente, la experticia de John le permitió acomodar cada tablón. Niveló, ajustó y dio por terminada la instalación. Les ofrecí gaseosa y unas galletas para recompensar el oficio. Y ahí escuché la última anécdota de Pedro:

—Terminamos rápido. Es el trabajo más ágil que he acompañado. Estoy acostumbrado a demorar semanas. Imagínese que en Mesopotamia tardamos meses, aunque la chamba era bastante. El problema fue que cada noche era una jartera al concluir la jornada. Por eso es que tengo este buche como cachete de trompetero y el gaznate mal acostumbrado. Menos mal que no se extendió la labor: ¿se imagina más tiempo? Me hubiera pasado lo mismo que en Cucaita donde cambiaba el almuerzo por cerveza.

Antes de las 11:30 a.m., John y Pedro se despidieron. Cada uno salió con una bolsa en la mano y yo quedé pensando en la capacidad de control que tienen los bebedores.

EL QUEMAO

La mañana, para la abuela Beatriz, había iniciado muy temprano. La noche anterior estuvo repasando una a una sus dietas. Con autoridad recordaba cada momento de madre: diez en total.

Sin la molesta luz del día se levantó pensando en las últimas horas de la dieta de su nieta. Volvió a su memoria, cuarenta años atrás, el momento en que por poco muere al tener el quinto hijo de la decena. La vida itinerante junto al abuelo Jesús, los había puesto en La Montañita, Caquetá.

—Estaba en la última semana del noveno mes, a punto de caer a cama, por lo que no pude viajar con Jesús a El Paujil. Lo habían llamado para que se posesionara como juez y la resolución saldría al día siguiente —cuenta con rapidez para no mojar sus ojos por la evocación.

Alistar maleta y salir hacia el pueblo vecino fue la tarea inmediata de esa mañana. Mientras el abuelo Jesús se despedía para que el mixto no lo dejara, la abuela Beatriz quedaba responsable del nuevo integrante familiar que venía en camino y de los cuatro pequeños de la casa.

—La demora fue que Jesús se montara en el carro para que los dolores aparecieran —dijo la abuela Beatriz.

Sin la compañía de su esposo, pero con la ayuda de la suegra, antes del mediodía estaba dando a luz.

—La partera, por salir rápido, no esperó a sacarme todo, sino que me dejó en casa. Yo con los niños y mi suegra decidimos salir después del parto hacia El Paujil, en la tarde. El trasteo ya se había mandado. En la casa solo quedaban unas camas pequeñas y dos sillas viejas de un comedor que había dejado una diligencia judicial cuando Jesús funcionaba como perito secuestre: el comedor nunca lo reclamaron, pero sirvió para sentar la familia que iba en aumento.

La decisión fue rápida y antes de llegar la noche el resto de familia salía de La Montañita. Más de tres horas de viaje por una vía destapada acompañó el recorrido.

—Jesús no sabía que yo iba a viajar ese mismo día porque no supo de mi caída en cama. Lo cierto fue que nosotros llegamos en la noche.

Cansados y muertos del frío, la abuela Beatriz arropaba la cabeza formando un turbante para que el chiflón no entrara en su cuerpo. Los oídos tapados con algodón ayudaban a mitigar la desmandada de la recién parida.

Ubicar al abuelo Jesús fue fácil. Las indicaciones previas a su salida no fueron motivo de confusión.

—Yo lo vi a lo lejos en la puerta. Lo reconocí por los pantalones puestos a la altura del ombligo, y por la barriga grande y redonda. Él, al reconocernos, salió a nuestro encuentro sin saber que entre mis brazos estaba nuestro quinto hijo.

La noche terminó tranquila entre la alegría de conocer la nueva integrante de la familia Sánchez Amaya y los cuidados del bebé.

—El problema fue al otro día. Amanecí prendida en fiebre. Un frío, también, me llegó de repente mientras me hacía unos baños. Mi suegra al verme así me llevó a la cama sin sospechar que me estaba desangrando. Varias horas dormí, como ida, privada, eso me contó mi suegra, hasta que ella ingresó al cuarto a verme y al retirarme la cobija que me arropaba sintió un olor a cobre y vio el charco rojo donde yo nadaba. El susto fue mayor. Sin dudarle, Jesús corrió a llamar a don Fabio Elías, farmaceuta del pueblo y nuestro padrino de matrimonio.

—Aquí no hay de otra —dijo don Fabio.

—No me asuste, don Fabio —replicó Jesús.

—Pero es que la situación es crítica. Nos va a tocar adelantar el quemao —mencionó don Fabio.

La suegra Elvira asintió con la cabeza.

De entre las medias que guardaba el abuelo Jesús para sus tomatas del fin de semana sacaron una copa de aguardiente. La ruda, hojas de naranjo agrio, albahaca, yerbabuena, menta y eucalipto la encontraron en el único puesto esquinero de yerbas de la galería. La yerba de chivo y hojas de brevo en la casa de Lucero, quien fue la primera bruja que se instaló en el pueblo y a quien le consultaban cuanta inquietud existiera.

—Mi suegra se encargó de todo. Primero, preparó el sahumerio para deshumorar la casa; luego, en un platón grande de aluminio, juntó todas las yerbas en agua para que se calentara al sol y yo tomara el baño y, por último, en una paila pequeña derritió panela junto a la ruda, y cuando ya estaba como una melcocha, y a punto de quemarse, la apagó, vertiendo la copa de aguardiente para terminar tomándome la sustancia y sellar el cuerpo.

Esa noche la tranquilidad volvió a la casa. El susto y las preocupaciones se disiparon. Una vida fue protegida para acompañar las que apenas iniciaban.

ARISTÓBULO

Las peleas me perseguían. Mi madre le reprochaba a papá por las lidias en que me metía. Él, cabizbajo, negaba con un movimiento leve su tozudez.

—Usted tiene la culpa. Esos muchachos son briosos y desbocados por la terquedad suya. Yo le dije que no era bueno untarles el aceite de oso.

Papá había decidido frotar las coyunturas de nuestros cuerpos recién nacidos, con dos gotas de aceite de oso. Era un ritual familiar. Todos los hijos, primos, sobrinos y parientes cercanos habían pasado por el habitual acto. Ni siquiera lo suspendieron con la muerte del primo hermano de mi padre, Aristóbulo, hijo de mamá señora. Era un hombre membrudo, manos grandes y siempre crispadas.

—Levantaba dos bultos de cemento, cada uno de cincuenta kilos, desde el suelo, sin ayuda de nadie. Sus brazos eran tenazas. Muy tomador, y vigoroso como los caballos. Duraba hasta tres días bebiendo. Yo lo veía llegar con el sol a cuestas y dos gallinas en la mano porque él era botarata cuando ganaba sus pesos. Las mandaba a preparar e invitaba a todos al sancocho. Se comía bueno.

El aviso de la muerte de Aristóbulo fue recibido sin mayor sorpresa por los conocidos y familiares. Esa noche, un sonido ensordecedor inundó la solitaria galería. El mercado había cerrado al público, pero las pequeñas cantinas, esquineras, sonaban melancólicas, colmadas por los coteros del lugar. El golpe llamaría la fatalidad. La reyerta inició por “los tragos en la cabeza”, menciona mi padre. La policía llegó e intervino, pero Aristóbulo, obcecado y terco, confrontó la autoridad del pueblo.

—Ese hombre había enfurecido. Siete policías no fueron suficientes para atajarlo: a cada uno les pegó, dejándolos desgonzados en el acto.

Solo un tiro logró desplomar el robusto cuerpo de Aristóbulo sobre el lodazal de saliva y cerveza. Esa noche llegó la noticia de la muerte, casi anunciada.

LA ESCUELA

Como lo han demostrado multitud de experimentos, la memoria del hombre guarda todo aquello con lo cual tuvo que ver su poseedor en el transcurso de toda la vida.

Évald Vasilievich Iliénkov

La escuela no fue seductora. La algarabía del recreo tampoco me entusiasmaba, por el contrario, el territorio privilegiado para mí fue el vecindario entre adultos y varios niños que corríamos sin tregua. A la escuela la olvidé, la sepulté por las normas y hábitos, no le encontraba el placer, no había alegría sino angustias, el desencanto la acompañaba y sus docentes tenían más pesadez que fulgor. Parecíamos una colmena en las aulas: todo ordenado. Yo recuerdo la maleta cuadrada de cuero que papá me había comprado para la escuela; unas letras la adornaban (A, B, C) con la imagen de un pato en color sepia; odiaba cargar mis útiles en aquel morral que, además, tenía un olor a pecueca. Sentado en un pupitre para dos personas, pasábamos gran parte de nuestro rutinario día con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, que solo levantábamos al escuchar el tañido de la campana ya sea para el recreo o al terminar la jornada. El ambiente era grávido, opaco, lento y sin mayor sorpresa. Yo finalizaba las clases arrastrando los pies y mi maleta mientras caminaba a la única puerta de ingreso y salida; pegado a la celosía de hierro que encerraba el colegio, como un recluso entre los barrotes, esperaba la llegada de mi padre; un pequeño carro de helado pasaba siempre a las 6:15 de la tarde con su sonido estruendoso llamando al consumo. La noche parecía tener afán. La luz leonada, intermitente y mortecina del poste principal extendía mi lánguida sombra, recreando movimientos misteriosos. Era el último niño en ser recogido al caer la tarde-noche. Mis recuerdos de la escuela son pocos, lo que más tengo presente son las quejas y problemas que me seguían por ese período. Los llamados de atención eran recurrentes a mis padres: “no hizo, no trajo, dejó el bolso, los cuadernos están atrasados, botó los zapatos, los lapiceros

se perdieron, el uniforme lo rompió, les pegó a sus compañeros...” y otros hechos que daban “dolores de cabeza” a mis progenitores.

Una vicisitud que siempre tengo en mi memoria fue la caída de un niño. Nosotros jugábamos a lanzarnos desde la mitad de la escalera hacia el *lobby*. El colegio era una casa grande, con varios cuartos que hacían de salones y una escalera en espiral entre el primero y el segundo piso. Todos los días en el recreo subíamos parte de la escalera y nos arrojábamos simulando ser paracaidistas: yo comandaba el lanzamiento. Los uniformes, blancos, quedaban sucios después de cada jornada. Una mañana, mientras realizábamos los lanzamientos, Juan, el más pequeño de todos, cayó mal. La cabeza golpeó una silla verde ubicada en la esquina del primer segmento de las escalinatas. El escarlata de la sangre cubrió su uniforme con una intensidad sorprendente: todos sabemos lo extraordinario que resulta la sangre sobre un fondo blanco. Eso me impresionó, pero estaba emocionado por la silueta mágicamente estampada en el blanco lienzo del uniforme.

El bachillerato estuvo mejor. Allí conocí el valor de la amistad. Corredor, García “Piña”, Cristian “Larry” y el Osito hicieron de la estadía colegial un espacio agradable. La vocación no importaba, nos unía la oportunidad de darlo todo a cambio de nada. El fútbol nos ataba. Corredor era el más avezado y hábil, también el más pequeño de todos, pertenecía al equipo del colegio y traía una historia familiar deportiva; García “Pina”, parecía tener las rodillas juntas, las constantes caídas lo confirmaban, aunque su entrega al jugar era incomparable; Cristian “Larry”, con su pereza, sobrepeso y aséptica actitud, no lograba mantener ritmo en los partidos, la desazón deportiva lo abrazaba; el Osito, alto y blanco, no se atrevía a jugar debido a su negada coordinación y siempre terminaba sentado junto a los compañeros del curso que nos alentaban en cada partido; y yo, un aficionado por la esférica con poca técnica pero apasionado. Zúñiga era el profesor de Educación Física, robusto pero conocedor del posicionamiento de cada jugador en la cancha: serio, estricto y responsable en las clases cada ocho días. Amaba estar en esa clase. Ocho días, para mí, era mucho tiempo, así que numerosas veces no entraba a otras asignaturas para dirigirme a la cancha grande del colegio y ver los entrenamientos. El colegio nos arropó con intensidad, los grados con especialidad, las competencias intercurso y la imperceptible construcción de la amistad nos daba

a entender la sublime expresión de camaradería entre nobeles estudiantes. “Capar” clase nos entretenía. Chaparro (por su apellido), era el prefecto encargado de la disciplina en el colegio, tenía un aspecto famélico, lucía bigote delgado para no desentonar con su cuerpo y utilizaba pantalones de tela más arriba del ombligo con una correa que parecía envolverlo. Las mangas de las camisas iban más abajo de los codos y sus hombros, encogidos, lo hacían ver más pequeño que un estudiante de sexto grado. En cada jornada recorría el inmenso colegio con el libro de anotaciones entre su axila izquierda y un bolígrafo en la oreja derecha. Quienes no entrábamos a clase o nos quedábamos extendiendo el recreo por alguna bagatela juvenil éramos abordados por Chaparro. Éramos conscientes del desafío si no entrábamos a clase. Como Chaparro parecía un Sherlock Holmes, nos escondíamos en lugares donde consiguiéramos observar como un panóptico sus pasos, y cuando lograba hallarnos salíamos corriendo para huir de él, pero gracias a su estado atlético y su rapidez conseguía atraparnos: el discurso apocalíptico se apoderaba de él. Presencí y escuché en varias oportunidades la retórica del prefecto Chaparro, mientras yo, curtido en estas diligencias, gimoteaba a cada palabra. La cara de los “capturados” era de horror, el llanto se apoderaba de ellos, suplicaban por la salvación y perdón como sentenciado a su verdugo, aun crepitan en mi memoria sus lamentos; Chaparro, entre la seriedad y la tozudez, realizaba la anotación en el libro destinado a las faltas, era el vademécum disciplinar donde reposaban todos los fallos, desde el más leve hasta el más grave; nunca lo soltaba: yo juraba que él dormía con el libro entre sus manos. En algún momento planeamos arrebatarse el cuaderno. Montamos la estratagema: yo lo llamo y lo entretengo; Corredor, el más rápido, lo asaltaba por la espalda, tomaba el libro y marchaba a toda prisa hasta el palo de mango, allí lo escondía junto unos escombros, siempre con el rostro tapado por un pasamontaña negro; el asalto era de película, pero solo existía en nuestra imaginación porque nunca lo hicimos realidad; de ejecutarlo hubiéramos quedado como héroes en nuestro colegio. Las fiestas y amigas fueron pocas, nos encerrábamos en el fútbol, un juego de tradición patriarcal y misógino. Corredor era el único que tenía novia. Él nos explicaba el significado de estar enamorado o seducido, yo le replicaba: “embozado”. Más de cinco novias lo hacían, a tan corta edad, el hombre de la experiencia en el grupo. Sus palabras conducían a la “verdad” en cuestiones del amor.

—¿Cómo se besa, Corredor? —preguntó García “Piña” una tarde de calor creciente.

—Muy sencillo: usted coge su brazo, cierra los ojos, lo lleva hacia su boca, rosa sus labios con los pelitos que tiene y después de un minuto abre la boca como para morder una manzana.

—¿No es más? —replicó el Osito.

—Eso sí, no vaya a exagerar. Entre menos saliva, mejor. Ellas saben más que uno.

Más tarde llegaban las lecciones de Balmes, el profesor de física, de figura parca, cartonuda, adusta y tan seria que imprimía miedo, pero al escucharlo quedaba clara la pasión que sentía por su trabajo, que transmitía con sencillez y contradecía el efecto inicial. El segundo piso del bloque académico estaba destinado a funcionar como salón para los encuentros con el profesor Hernández. Su voz era tan queda que nos obligaba a guardar silencio. Por las grandes ventanas del salón el calor entraba con fuerza e incomodaba a los estudiantes, pero el método de Balmes despertaba tal interés que el sudor y la molestia pasaban desapercibidos. Hablaba con libertad, sin tapujos: no tenía pelos en la lengua. De tez morena, cejas cerradas y cabello anochecido por el tinte. No sonreía mucho, pero cuando lo hacía las comisuras se extendían por su rostro hasta perderse en la rugosidad. Las historias estaban a la orden de cada clase. Una anécdota sobre algún hecho relevante lo compartía con los que asistíamos a su espacio. Era el único docente que se atrevía a poner sobre la mesa sus ideas políticas, la concepción de sociedad y las ocurrencias futuristas que la tecnología traería. Para él todo debía cambiar, desde las personas hasta los recursos media. El televisor, recuerdo, lo quería reinventar:

—Imagínese usted sentado en la sala, cómodo, viendo la televisión, mirando las imágenes, acompañadas de los olores: lavanda floral, árboles frutales o la misma muerte, sería una maravilla, pero eso llegará, pronto.

Los gemelos Benavides siempre fueron los mejores en la clase, en especial Javier, jovial, buena gente y presto a dar la copia a quien estuviera cerca o necesitara mejorar la nota; entre los hombres éra-

mos solidarios. Varias mujeres del curso pretendían a Javier, todos veíamos esas intenciones que parecían deberse a su buen rendimiento académico, pero él solo sonreía y disfrutaba el momento.

Nunca falté a clase con Balmes. Sentados en las grandes mesas del salón recibíamos atentos sus consejos, escuchábamos sin interrumpir cada historia, era un mago con la palabra. Las niñas siempre ocupaban la primera mesa, eran los primeros rostros impúberes que recibían al profesor. En varias ocasiones él llegaba, saludaba y tomaba asiento para dialogar con ellas. Había una conexión especial con el grupo y nosotros la sentíamos. El profesor Balmes llegó a ser nuestro entrenador para el campeonato intercurso, lo cual desató con más fuerza nuestra admiración y respeto. Las tardes llameantes no impedían capturar el interés languideciente de sus estudiantes. El sol implacable se posaba sobre nuestras cabezas descubiertas, calentando los cuerpos e inquietando a los treinta y cinco jóvenes lascivos.

Los números eran una dificultad por vencer, ya fuera por vergüenza o por orgullo, circunstancia que no era problemática con Hernández en sus clases. Salíamos de matemáticas, tomaba el recreo y luego pasaba a clase de física: la aritmética y las fórmulas se perdían en el descanso. Llegar a un espacio tranquilo como el de Balmes era agradable y generaba placer. Allí nadie presumía: los serios se desinhibían, los secretos ya no se guardaban, los juegos eran útiles para el aprendizaje, la disposición en el aula era constante y el soplar las respuestas correctas en la evaluación buscaba transmitir el apoyo colectivo.

LA VIDA ES LA TRAGEDIA

La belleza no es sino el principio de lo terrible.

Rainer María Rilke, *Elegías de Duino I*

La noticia la conocí por boca de Lucía, una vecina de Yeimy que vivía en Florencia, cerca de Malvinas. Me contó con tanta cercanía la historia que en algún momento pensé en que era parte de la desgracia familiar.

Dijo que Ramón, campesino de San José del Fragua, cegó la vida, con un afilado machete, de sus cinco hijos y esposa y luego se degolló. Todo sucedió el domingo 24 de junio de 2012. Los muertos fueron sus hijos de doce, nueve, ocho y seis años, un bebé de cinco meses y la esposa de treinta años. Días antes había bajado Ramón con su familia del todo a la casa de su madre, una señora de setenta años, quien le abrió un espacio en su humilde hogar para que pernoctaran, pero sin camas. La difícil vida lo atormentaba. El hambre lo afligía, la muerte lo tentaba y una úlcera estomacal lo hacía vomitar sangre. La violencia lo obligó a separarse de su tierra, de sus bienes y herramientas. Por ejemplo, el azadón y la pala no las pudo bajar por la prisa. Atrás quedó una finca de ocho hectáreas y un rancho de tablas que tuvo para vivir entre las necesidades y la distancia. Cuentan que tras su desplazamiento trajo al cinto su machete, una extraña expresión de vergüenza y miedo, de desespero.

Por aquella época las fiestas sampedrinas distraían al pueblo, pero no lograban tranquilizar a Ramón. Mientras unos reían, él aguardaba alguna solución divina.

El domingo, día de festejo largo por la coronación de la reina popular, Ramón le pidió a su hija de seis años que averiguara con su abuela si tenía una lima para afilar. La curiosidad de madre hizo que subiera a preguntar para qué quería la lima: “mamá, el machete está empavado”, dijo.

A los doce de la noche, mientras la bulla y el jolgorio crecían, Ramón despertó a su progenitora para que le preparara un jugo de sábila para aliviar el fuerte dolor que le producía una úlcera. Doña Prudencia bajó a la cocina y preparó el remedio. Según informe de la Fiscalía, la señora no tardó más de veinte minutos, tiempo necesario para que Ramón pasara con firmeza el machete sobre el cuello de cada uno de sus hijos y esposa. Dicen que inició con el pequeñito. La escena: abominable. Algunos recordaron los cortes de corbata que se ejecutaban durante la época de la violencia liberal y conservadora.

Los gritos que del cuarto hicieron se mezclaron con la algarabía de las fiestas, por lo que la señora Prudencia no imaginó que estuviera sucediendo semejante horror. Al subir vio salir un hilo de sangre por la puerta como advirtiendo la tragedia. Sin embargo, cuando logró reconocer la desgracia, en pijama, temblando y sin poder hablar, salió Prudencia en búsqueda de ayuda a la plaza del pueblo donde la fiesta vivía su clímax. Allí encontró al jefe de la policía del municipio y le informó de las muertes. Entre el tartamudeo, el desespero y el miedo, indicó la ubicación de la casa para que los uniformados acudieran al lugar.

Los machetazos mortales de Ramón, padre, esposo y verdugo habían terminado con toda la familia. Tras conocerse la tragedia, la fiesta del pueblo fue cancelada por orden del burgomaestre. A las 5:30 a.m. sacaron los cuerpos de la residencia. Algunos borrachos, conscientes de la magnitud del hecho, acompañaron el traslado de los cuerpos hacia la morgue, y alguien murmuró: “la tragedia no es la muerte, la vida es la tragedia”.

HELENE

Quizá la humanidad se merece su muerte.

Álex Prada, *Comida y basura*

La puerta de la habitación estaba abierta. El sol brotaba por el Este. Sobre una mesa pequeña se hallaba una pistola MAC Mle 50 y un ejemplar de los *Ensayos de lingüística general*. En la calle, aún estaba encendida la lámpara que se esconde tras un tupido árbol. No se escuchan pasos. Solo se percibe a lo lejos un ruido de pitos y carros que pasan por la vía principal. Aunque en el domicilio viven Louis y Helene, cada dos días los visita Julia para ocuparse de las actividades domésticas: cocina, barre y sacude polvo por todos los rincones, excepto el lugar de estudio de Louis, donde tiene prohibido el ingreso.

Esa mañana no desayunaron los huevos con beicon. Julia no pudo ir a trabajar porque no se había sentido bien la noche anterior, y eso la llevó a pensar en el coronavirus. Llamó varias veces a casa de Louis y Helene, pero nadie contestó el teléfono.

A las nueve y media, Louis dijo:

—No va a venir.

Por lo tanto, entró sin afán al estudio, se sentó en el taburete ubicado en la esquina cerca del escritorio y vio colgado a su derecha el sombrero hongo que siempre lleva al salir de casa. A su izquierda, sobre un descansillo esquinero, sonaba por Radio Andorre “L’acordeoniste”, de Edith Piaf, en un transistor dorado de válvulas francesas. Buscó el texto de Jakobson, pero recordó haberlo dejado en el cuarto. No obstante, observó que algo faltaba, que alguien había entrado y removido papeles y demás útiles esparcidos en días anteriores. Desesperado miró a todos lados y en voz alta exclamó:

—¿Qué putas pasó acá?

El cubo de la basura estaba limpio y con bolsa nueva. Todo parecía organizado y aseado. Los libros fuera de la biblioteca ubicados de mayor a menor, unos encima de otros sobre la mesa grande. Los lapiceros en el portalápiz y las hojas blancas en la gaveta izquierda del escritorio. La máquina de escribir MAP (Manufacture D'Armes de París) en la esquina derecha y sin papel.

Por eso, salió corriendo en busca de Helene y al encontrarla, con sus puños crispados, envuelto en odio, gritaba aterrado: “¿Qué hiciste?”. Golpeaba su cabeza mientras reclamaba horrorizado. Los dos salieron de la cocina e ingresaron a la habitación. Helene observó que la puerta se hallaba abierta y que desde la ventana se podía ver la lámpara de la calle encendida si se paraba diagonal a ella. Se puso frente a él. Todavía llevaba el saco ajustado. Intentaba apartar el susto y parecer “triumfante”. Arregló su cabellera larga y dorada. Tomó aire. Por un momento, sintió asfixia, como si el pecho le apretara.

—Cuenta —dijo Helene.

—Me quieres matar, ¿verdad? —replicó Louis.

—¿Te volviste loco? —contestó Helene.

Son casi las once.

Helene había llegado de una pizzería ubicada en el centro de Onondaga. Llevaba sombrero, bufanda, saco ajustado y guantes. Portaba una flor roja en el cabello y zapatos, también, rojos. La falda de *tweed* la hacía ver foránea. Tenía la cara blanca, labios finos, ojos azules e inexpressivos. Era una mujer bonita y bien conservada. No tenía una belleza excéntrica, pero al caminar no pasaba desapercibida. Acudió a este lugar, a pesar de estar a una o dos cuadras de la casa, porque la sedujo una publicidad tirada bajo la puerta. Dos niños aparecían en la imagen brindando el producto. Sintió una afinidad maternal a pesar de no tener hijos y bordear los 59 años.

La noche anterior, mientras dormía Louis, Helene ingresó a recoger y ordenar el cuarto-estudio-biblioteca. Varias hojas tiradas y algunos sobres sin lugar fueron a parar a la cesta de la basura. Esa misma noche el carro recolector pasó y todo lo depositado desapareció.

Quienes lo encontraron colérico no podían saber cuál era la causa. Había una invasión de ira en Louis contra el cuerpo de Helene y contra sí mismo. La primera sospecha fue la locura de Louis; la segunda, los celos y; la tercera, contada por Mao, fue la “torpeza de Helene al botar unos manuscritos”.

De Louis se escucharon largos lamentos mientras sus músculos tensados miraban el cuerpo de la mujer. Helene que, tras varios años, le había aguantado caprichos, actos fementidos, comportamientos esquizofrénicos, además, inmaduros y crisis psicóticas. La tenía en el suelo. El cuerpo de Louis estaba sobre ella, gritando y aferrándola de la garganta con la mano izquierda, lo que impidió a Helene moverse.

Alaridos de bestia y gruñidos se entremezclan.

Los ojos de Helene seguían abiertos como platos blancos, parece que no opuso resistencia. Quizá, después de todo, ella sabía que en cualquier momento Louis iba a acabar con ella o, tal vez, deseaba terminar de ser tan buena. Louis ingresaba el puñal como si fuera un colmillo en carne natural, feroz y maniaco. La punta de la lengua de Helene se asoma por su boca. La única ventana del cuarto está abierta y aparenta ver los hechos. Una suave brisa entra callada, acompañada de la tenue luz solar que se posa sobre las escarlatas mejillas de Helene. Los minutos pasan y un calorcito quema los pómulos. La sangre serpenteante delinea un camino espeso hacia la puerta de la habitación.

La mentira y el silencio fueron su desgracia. Tenía que haber hablado, al menos, contarle a Helene del pedido que guardaba. La mentira o el silencio son tan valiosos como para usarlos mal. Pero ¿por qué no dijo nada? Y ¿por qué esconder la información a Helene? Le obligaba decir: “no toques este documento. Es muy importante y me lo han confiado con total seguridad”. Contrario a esto, Helene está muerta.

Louis ha matado a Helene por perder, sin intención, un valioso documento que él había creído esconder con recelo. Ahora, será juzgado, pero por el estado de demencia transitoria e historial clínico lo llamarán loco. Verá que su caso transitará por un ataque de furia producto de la enajenación mental. Será víctima (y victimario) de sí mismo.

A Louis lo internarán en una clínica psiquiátrica por unos años. Alguien preguntará: “¿Por qué no matarlo?”, pero ignora que lo más terrible es no poder soñar. Pasado unos meses, saldrá en busca de un nuevo piso. Permanecerá arropado en un cálido albornoz. Recordará el fondo blanco de los ojos de Helene y el espectacular manchón rojo sobre el vientre. Los periódicos hablarán de la muerte cada año y mantendrán la versión de que Helene falleció a manos de Louis por un drama pasional. No tendrá memoria para reconocer la tumba de su esposa. Se instalará solo y a la espera del largo porvenir delirante.

MARBELLA

No le cuadra la voz; sus ideas son circulares y sus tropezos están cansados, pesados, contraídos.

Camila Celis Castiblanco, "Figuras geométricas"

Su cuerpo arropaba la silla de la estación del bus en Marbella. Lleva media hora esperando. Es el mismo tiempo que tengo allí. La pierna derecha le salta imprimiendo un ritmo que coincide con el párkinson de sus manos. Tiene callos ásperos y las huellas parecen surcos; sus uñas aparentan dureza por el color amarillo, además, están largas y algo curvas. En el grueso dedo meñique de la mano izquierda porta un anillo que converge con el tono dátil. Trae las rodillas juntas, la cara grande, los dientes apretados, la panza crecida, un miedo cervical y un bastón. La abarca derecha está desajustada y la izquierda aprieta el obeso pie. Los dedos permanecen recogidos, pero dejan ver la tierra acumulada debajo de las uñas. El párpado del ojo derecho está caído, la alopecia es evidente e imposible de ocultar con un *shemagh*, aun así, un cabello crespo y caótico se sostiene en la parte trasera de la cabeza. Como si fuera poco, carga un hinchado testículo que asemeja un nido de mochilero. No disimula la intranquilidad que lo menea. Ostenta una espesa barba. La nariz aparenta enganchar con la boca; sin embargo, lo oigo respirar sin dificultad. Encima, mueve los belfos como si tuviera el hábito de hablar solo.

A lado y lado le conversan al oído dos señoras. No puedo reconocerles el rostro porque el profuso maquillaje esconde hasta la *mismidad*, en consecuencia, la rugosidad de los años; por lo demás, las gafas grandes y oscuras impiden ubicar algún aspecto. El color rojo abunda en medio de sus agrietados labios. A una de ellas se le alcanzan a ver los incisivos centrales pintados por el colorete. Llevan vestidos coloridos, con estampados de flores, zapatos cerrados y negros, y peinados voluminosos en una mala emulación de Farrah Fawcett.

En el lugar había un baño para hombres y mujeres, dos dispensadores con productos comestibles y una cafetería al fondo del pasillo. Las paredes eran blancas y el piso de mosaico rojo. Dos puertas: la primera, para ingreso y salida —un par de árboles de fruta cítrica anaranjada hacían de centinelas al acceder—, y, la segunda, conectaba con los buses estacionados. Un policía recorría de un lado a otro la estación: me percaté de él por la sombra al pasar. Fuimos pocos los que coincidimos ese día y a esa hora en aquel sitio, aun cuando el mundo no suele confluír tanto. Algunas personas eran negras. Más tarde supe que Marbella era el punto intermedio para los que transitaban de Algeciras a Madrid provenientes de Marruecos.

Si no fuera por las señoras que lo acompañaban hubiera pensado en que él era un quídam, un don nadie abandonado, un sin vecino o un foráneo como yo pisando tierras extensas, pero ajenas. No paré de mirarlo. Pensé en la muerte, por tanto, en la liberación de vidas miserables, en la barca de Caronte. También, recordé a Vallejo y la desilusionada realidad, a David, que falleció por unas lesiones renales después de padecer una obstrucción urinaria, a la tía María Isabel, hermana de papá, quien antes de partir de este mundo acumuló fortuna a punta de préstamos y usura, la misma que nos recibía en casa con tintos trasnochados y jugos agrios; a Liberato y su escombrosa vida; a Méndez y su maldiciente locura; a Martínez, el taimado, ambicioso y dañino sujeto de Medellín, y a Dios, convertido en yermo.

Alguien me dijo que todo puede andar mal, aunque todo puede venir peor.

—Primo, vamos para la casa —dijo una de las señoras al sujeto.

—No hay de qué preocuparse, Antonio —replicó la otra, empero no hubo respuesta.

De repente abrió la boca para bostezar y, luego, pestañeó. Movié el cuello como negando algo sin atender a las señoras. Levantó el rostro y ahora él no dejaba de verme con sus ojos color avellana, cercados por una oscuridad tenue. Asimismo, oteó el lugar y volvió sobre mí. Tuve una sensación de temor y pena —en ese orden—. Los ojos parecían abiertos con los dedos. Sonrió con timidez. Las cejas están desorde-

nadas y percibo una apariencia desequilibrada. No respondo ante el gesto. Sigo serio, aunque recorra por mi cuerpo un pequeño pánico.

Vuelvo sobre él y en ese momento lo advierto solo, pobre y desnudo. Continúa sentado, condenado a ser espectador en una patibularia silla el cortejo del mundo, alienado por el tiempo que corre sin solidaridad, lleno de fantasmas, muertos y quietud inexplicable bajo la vigilancia de ojos fríos, desconocidos, extraños y brillantes. Lo anterior es una suposición, como también sospechar que la realidad que lo habita es reciente. Me costó mucho recordar esa tarde remota: habían pasado bastantes años.

Quise decirles algo de forma tal que sonara a *boutade* e inveterado, pero el cuerpo enteco, misérrimo y vapuleado frente a mí eliminó cualquier intención. Tampoco quería pasar como el forastero gárrulo. Así que metí mis manos en las faltriqueras del pantalón, estiré los pies, cerré los ojos y evoqué las covachas horadadas e ilegales que habitaba en el Timi: zona primitiva, de alimento escaso y comodidades desconocidas; batuecas sin acueducto ni luz convertidas en andurriales enormes llenos de desheredados de la tierra: surgidos del éxodo; hogares —si es que así se le puede llamar a aquel lodazal fétido— llenos de niños imantados a unos senos, ancianos aporreados por el olvido y jóvenes fumando marihuana y bazuco. Los árboles brotaban alrededor y el follaje verde escondía secretos de natura. No había pomposidad ni soberbia y menos títulos o certificados de posesión; no obstante, se creían dueños, elegidos y propietarios ya que habían sobrevivido a la expulsión. La vida digna brillaba por su ausencia, por eso, el coraje se valoraba con decoro. Rezaban más que un tonsurado, cargaban grandes camándulas en sus pescuezos y no paraban de repetir jaculatorias acompañadas de peticiones para que la concesión divina cambiara la desgracia terrenal. Las mujeres: jóvenes, por su parte, estaban convertidas en fámulas y otras habitaban las casas de lenocinio, en la décima.

En este terruño el poder se manifestaba en el contrabando de luz y agua mediado por los rufianes cerriles. Por esto, los habitantes pagaban para el suministro pirata. Las instituciones nunca asomaban la cabeza así supieran de la necesaria intervención. El alcalde y las autoridades sanitarias, por ejemplo, mantenían una actitud casi estulta ante la situación. Quienes sí se afianzaron y ejercieron control

fueron los malandros: adolescentes —y niños— que aprovecharon la ausencia benefactora de la modernidad estatal para despojar a los moradores de lo poco adquirido. Hurtaban a transeúntes sin importar la vecindad. Utilizaban puñales y trabucos mohosos. La sinuosidad del camino los encubría. Se ocultaban en los recodos polvorientos con los ojos rojos, cansados y apariencia macilenta. Todas las noches había terribles lamentos ahogados por los disparos. El último muerto que vi, agujerado por las balas, fue Alonso: bravucón y montaraz sujeto que se burlaba de las víctimas mientras las golpeaba y atracaba. Estaba tirado a un costado de la calle. Nadie se atrevió a recogerlo a pesar de que el reloj marcaba las 10:00 a.m. y la chiririnka —anunciadora azul— ingresaba por la boca y salía por la nariz flemática. Los policías no entraban por miedo a ser agredidos. Algunos farfullaban mientras contemplaban el muerto. De acuerdo con los pobladores, lo ajustició un alarife cansado de que lo robara. Con una pistola hechiza le descargó siete tiros a la humanidad de alias Trompa'e chucha. Sin embargo, era uno menos de los tantos jóvenes alterados en aquel averno tangible.

Ya son las 15:40 p.m.

En cinco minutos llegará el autobús que me transportará a Málaga. Por esta razón, regreso a la masa repelida que está frente a mí. Leo, una vez más, ese cuerpo cansado y frágil. No recuerdo haber visto una mirada más cargada de inquietud que la de ese hombre. De súbito una ventolera penetra el lugar y dispersa un perfume barato de las trajinadas señoras que acompañan el atosigado sujeto, deformando mi cara ancha en una mueca como de vomitar.

Algunas personas pasaron frente a nosotros dirigiéndose hacia el suelo ferroso de la estación a la espera del autobús: mujeres altas de faldas cortas, morenas de cabellos rojizos y labios finos; asimismo, noté un niño que tarareaba una canción mientras disfrutaba varias golosinas. Me paré de un brinco, estevado, cogí las maletas y caminé con pasos cimbreantes por el peso del equipaje. No miré atrás. Contemplé afuera las nubes grises que cerraban el soleado día. Sentí escapar de un rincón que nadie reclama. Intenté pronunciar un acto de contrición para sacarme el miedo, pero no recordé cómo empezaba.

El reloj indica las 15:45 p.m. El autobús ha parqueado en la bahía 7.

Entregué las valijas al acomodador y subí con cierta sorna. Busqué el puesto 28, luego, aovillé los hombros y, después, desplomé el torso sobre la silla; recargué la cabeza en el cristal esmerilado y escondí los ojos en el pliegue cutáneo. No quise pensar en Antonio porque siempre supe que él nunca estuvo ahí. No tendrá idea de lo que harán al día siguiente o en un próximo tiempo las personas que atravesaron la estación, ni de cómo se vive o cómo se acaba todo. No les dará espacio a las ilusiones. No rezará, ni se decepcionará con el libro de Fernando que a muchos ha desilusionado. No se preocupará de Hugo, quien morirá en tres semanas de inanición, en La Guajira, ni de Paco, que vino hace varios meses de Extremadura. No se sentirá solo, ni desplomado. No cargará en el corazón ofensa, ni descubrirá en las palabras la alegría de los vituperios. No apreciará el egoísmo humano, ni la vanidad (y pereza) que traen los escritores. No le interesarán los lloriqueos de un bebé famélico, ni los fuegos artificiales en Navidad y mucho menos las oraciones artificiales o los adjetivos ornamentados. No habrá lucha entre la luz y la oscuridad, ni ganador ante la disputa por el juicio. No lo mortificará si tiene o no acuosos besos o faenas excitantes. No recordará las penetraciones a Lucía ni las cosquillas al terminar la cópula. Y, tampoco, caminará por el lento descenso en las ciudades logradas a pesar de las bataholas inevitables que lo arrojan como un pobre inmigrante.

TRES

QUIROZ ACUÑA

Pero su vida también era una novela.
Más modesta, tal vez, menos heroica y sin tanto
poder ni tantos ribetes trágicos y épicos.

Juan Esteban Constaín, *Cartas abiertas*

Mamá aprendió a leer junto a mi abuelo a través de los oracionales que llevaban a la casa. Tres rosarios, la misa al terminar la tarde y varias plegarias era el pan de cada día en una familia numerosa y católica. La abuela en su silla de ruedas solo escuchaba el rezo sin mediar palabra, una artritis la había dejado postrada en un rincón y al cuidado de las mujeres que iban creciendo en el hogar.

Antes de la llegada de su menarquia, mamá perdió los dientes superiores. El dolor en las encías de una mañana la haría asistir, junto a su padre, al dentista del pueblo. El primer diente lo perdió por extracción aleatoria del lego hasta sustraer los quince restantes en los quince días siguientes. Nunca supo por qué fueron sacadas y solo quedó acostumbrarse a la caja de por vida entre su boca.

La familia de mamá se instaló en San Andrés, Tello, un pueblo al norte del Huila, en un principio de mayoría conservadora. Sus abuelos llegaron del Valle del Cauca buscando mejores vientos, tratando de cosechar nuevos destinos y procurando mantener la pantagruélica vida. Según ella, el abuelo participó en la batalla de los Chancos. Su papá Joaquín vivió hechos deleznable como el incendio al centro poblado de San Andrés en 1950, presencié múltiples homicidios perpetrados en el *punte de los decapitados*: fusilamientos y degolladuras de varones que estuvieran en la edad de votar o combatir. Por aquella época a varias víctimas las desmembraron los conservadores y ubicaron sus partes a la orilla del camino para recordar a los simpatizantes liberales el poder que tenía el partido en el municipio de Tello. A otras las arrojaban al río Villa Vieja para verlas flotar, como la vejiga de un pescado, río abajo. Las mujeres también entraban en la instrumenta-

lización de los actos violentos, sobre todo las embarazadas, ya que se debía eliminar hasta la semilla. Algunas personas decían que a los que no mataban, los torturaban en las prisiones, sin embargo, el cuerpo jamás se volvía a ver. Allí no hubo corazón generoso y bueno. Joaquín nunca participó en actos violentos, pero su silencio cómplice lo hizo acreedor de la simpatía de los dirigentes conservadores y de quince mil pesos mensuales enviados por el directorio nacional.

Por otro lado, dos graneros apoyaban la economía familiar. Además, Joaquín calzaba animales y los montaba. Lo buscaban mucho. Nunca salía de la casa sin el cristo de oro que guardaba en el bolsillo derecho del pantalón envuelto en un trozo de terciopelo azul elegante que no dejaba tocar de nadie. Llegaba a la casa antes del anochecer, por eso jamás se escuchó de escarceo alguno entre él y los habitantes.

Previo a la toma chusmera las necesidades eran pocas. Con el pasar del tiempo el antagonismo y la disputa política llegó a tal punto que los liberales fueron aumentando en el pueblo hasta tener el número necesario para la ocupación del territorio conservador. Vivir sería seguir la ocurrencia inevitable y tramposa. La acción inició con notas tiradas debajo de la puerta a los reconocidos godos. A Joaquín le llegó la nota y ahí conoció la lista de quienes debían desocupar el pueblo o los mataban.

Una noche el olor a azufre y anís abrigó el pueblo. Dos disparos golpearon como aldabón la puerta grande de la casa notificando la desgracia. Los primeros cuerpos en caer quedaron tendidos por las calles del pueblo con el gznate cortado: la muerte había empezado su selección política y no natural.

Mamá estaba en silla de ruedas y era difícil cargarla, así que mi hermano José, el mayor, la empujaba sin importar por dónde se pasaba. Papá nos llevaba de una mano a mí y a Cecilia; a Martica, la cargaba en el otro brazo. Recuerdo que al pasar una quebrada Cecilia pisó mal y cayó como a una moya: casi se ahoga de no ser porque papá saltó con nosotras para auxiliarla. La quebrada no era honda, a papá el agua le llegaba a las caderas, pero a Cecilia, tan pequeña, la tapaba. Llegamos acezando. Tanto que se bregó para luego perder a Martica. Murió al poco tiempo. Nosotros la vimos morir. Rodeándola, prendía y apagaba los ojos, se iba poniendo morada, el color a muerte

era el mejor aviso. Según Pechené, el tegua más afamado en Neiva, del que se decía era psicólogo, había dictaminado una infección intestinal en la niña. Las fórmulas, remedios y oraciones no fueron suficientes para mantener con vida a Martica. A los cinco años falleció. Menos mal que Dios mandó rápido por ella o quién sabe qué estaría sufriendo, cuenta mamá.

Esa noche la violencia se tomó el pueblo. Una humareda reemplazaría la neblina entre el caserío. A lo lejos se escucharon los vivos al partido liberal seguidos de disparos. José fue el último en montar el carro de Pedro Ramos que los sacó porque había atalayado el lugar más alto para no olvidar el último territorio rural que habitó en su niñez: “parecía un serillo encendido”, dijo la última vez que visitó a mamá. La estampida fue grande: jinetes montando a horcajadas abrían caminos para escapar de la barbarie; otros, entre grandes árboles, esperarían el paso de la intervención, mientras que Joaquín y su descendencia conectaban con la vía principal. Esa noche la trocha no conectaba con los poblados vecinos, sino que conducía al horror y la muerte, por donde el miedo transitaba sin objeción alguna. La pérdida fue mayor: dos graneros, una finca y su puesto en la estación de policía quedaron a merced de los invasores. La nueva vida se gestó en Neiva, completando doce miembros de la familia Quiroz Acuña. A esa ciudad llegaron con una mano atrás y otra adelante. Los auxilios del partido conservador se extendieron por pocos meses para sostener la numerosa parentela hasta dar paso al rebusque diario. Unos años más tarde José volvió a San Andrés, Tello, a ver qué había quedado o qué podía reclamar. Lo que antes había conocido, cambió. El granero tenía dueño, la finca nuevos ocupantes y la estación de policía estaba vacía. Regresó abatido y duró mudo ocho meses, sumando rabia y echando raíz en el odio.

DON ÉLIER

Un día cualquiera llegaban los agentes a preguntar por el partido de los jefes de familia; después requisaban y por último caía la carta con la amenaza.

Alfredo Molano, *Los años del tropel. Crónicas de la Violencia*

La muerte de Pedro Nel apuró la salida de toda la familia López Pulgarín de El Águila, un poblado incrustado al norte del Valle del Cauca donde la violencia llegó sin mediar palabra. Tres disparos lo hicieron caer del caballo alazán, grande y tostado, que montaba todos los domingos de mercado. El poncho terciado y el sombrero blanco sirvieron para tapar el rostro y cuerpo del finado. Los curiosos que llegaban a ver el bulto en el suelo lo reconocían por su barriga pronunciada debido a un tabardillo de lombrices mal curado de niño. El primer muerto anunciaba la desgracia. Las notas por debajo de la puerta habían llegado una semana antes. Pedro Nel también fue notificado. Su carácter amable lo hacía, entre los pobladores, una persona querida. Gozaba de credibilidad y apoyo. Defensor de la familia, la Iglesia y sus tierras. Cada Semana Santa regalaba una vaca a la curia para rifarla entre el pueblo. Dios era su “verdadero bien” —se decía entre vecinos—.

El 9 de abril avivó el antagonismo entre liberales y conservadores. La muerte iba llegando gota a gota hasta conformar el aguacero violento. Los López Pulgarín saldrían del poblado, conservador y sectario, con don Élier en brazos. Dos meses antes de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, la familia recibía al primer miembro de la descendencia venidera. Lo ayudó a nacer la partera, Olga, del caserío: era la más experimentada y conocida entre los habitantes. Un niño robusto, de manos grandes y llanto ronco, recordaría el padre del primogénito.

Los nueveabrileros, como se conocía la banda liberal, se organizarían para tumbar el conservatismo empotrado en el poder. Las acciones en las regiones godas fueron creciendo, así como crecía la frustración

en el país tras la muerte de la “lengua de catarata oculta”. La madre de don Élier le contaría los hechos que marcaron el desplazamiento familiar. La tarde fratricida fue de terror. Caballos montados a horcajadas, un olor fuerte a anís y disparos a diestra y siniestra dieron apertura a la toma. Los hechos fueron rápidos, tan rápidos como lo hacían los pájaros, comandados por el Cóndor. La ropa puesta en la mañana, un machete al cinto, el azadón y un canasto grande fue lo único que tomaron para salir huyendo junto a otros sobrevivientes. Tres días marchando por el trillo del oso andino ayudó a la conservación del grupo. El hambre fue otro enemigo que cobró la vida de varios marchantes como sinónimo de venganza por la huida del destino fatídico. La ruta estaba marcada para llegar a Cartago por el trayecto que sale de Argelia, pasando por dos caseríos cercanos, Villa Nueva y La Celia, a donde la violencia tardaría unos meses en llegar previo aviso de los desterrados y habitantes temporales. La estela de víctimas aumentaba. Cada amanecer venía con un número mayor de muertos. Cadáveres sin cédulas y con cortes como el de corbata, con la lengua colgando por fuera del guargüero, tan común de presenciar. Los penados se expandían a todos los sectores; volquetadas de cuerpos eran vaciadas en huecos grandes dispuestos para enterrar y olvidar el infortunio, algunos descompuestos e invadidos de gusanos que inundaban a mortecino el lugar, llamando a chulos que revoleteaban por varios días por encima de la fosa. De La Celia saltaron a Buga y terminaron instalándose en el viejo Caldas para trabajar como jornaleros, y con tres hijos más. Un tío fue la mano derecha para sostener la familia. Para los conservadores, a pesar de estar en el poder, las cosas no se encontraban con facilidad.

—Los más jodidos son los que andan a pie —menciona don Élier con voz queda.

Las noticias aciagas no dejaban de llegar. Violencia y más violencia, muertos y más muertos invadían el Valle del Cauca, desde Ceilán, Fenicia, Bugalagrande y otros territorios que solo conocían de oídas. Con Laureano Gómez la turbulencia política no cesó. Los liberales se enmontaron con escopetas, revólveres viejos y mojosos, a pelear. Llegaban a los poblados conservadores protegidos por la noche. Guerreando atacaban. Las tomas fueron aumentando, ya no eran exclusivas de los liberales sino también de los conservadores. Los

caídos, todos de sangre roja, morían por bochinchosos, se oía decir. Lo mejor era no meterse con nadie ni con nada y comer callado para mantener la vida. Y a quienes no mataban los conducían presos, en particular a los liberales. Apiñaban hasta dieciséis en celdas para cuatro personas y los zurraban al interrogarlos para que soltaran información.

—Una vez mamá fue contratada por la policía para llevar comida a la cárcel. Al ingresar vio como golpeaban a los presos, unos con el pellejo vivo, las corvas reventadas y los párpados caídos.

No se conformaban con tenerlos encerrados, sino que los torturaban. Alguien dijo que unos no aguantaban y morían por los brutales castigos.

Con Rojas Pinilla la cosa se acrecentó a pesar de las promesas de pacificación y reintegración a la vida civil de los combatientes liberales. La vida se hizo pesada y azorada en el viejo Caldas por lo que el tío vendió la finca y decidió trasladarse hacia la nueva colonización, hacia el sur colombiano, llegando a Belén de los Andaquíes, en el Caquetá. Allí compró cien hectáreas para el cultivo y pastoreo del ganado; junto a él se trasladó toda la familia López Pulgarín y los, hasta el momento, ocho hijos. El jornal y la vaquería los hacía boyar para no sucumbir en tierras lejanas. La malquerencia entre vecinos por foráneos no faltó; sin embargo, era más llevadero que el peso de la boquilla en la nuca del territorio anterior. Don Élier ya superaba los veinte años, estaba volantón y era asiduo visitante de la casa Anturí Correa por Nancy, una joven bajita y querendona, que aceptaría casarse dos años después con él para salir de la tutela familiar a los diecisiete años. Mientras los López Pulgarín trabajaban, nuevos miembros se iban adhiriendo al grupo para completar más de quince personas. El primer y único amaño de don Élier lo haría pensar en retomar lo dejado por sus padres en el viejo Caldas. La vida itinerante lo impulsaba a volver, dejando atrás la historia de sus verdugos, el flagelo y las víctimas que marcaron su mundo en un inicio.

—Yo me aburrí en el Caquetá. El calor es cosa jodida y con los cuñados que no me querían por haber sacado a Nancy, tan pequeña, y no dejarla jechar, pues, la amarré de un bejuco y me la traje. Le dije que si quería devolverse lo hiciera cuando estuviéramos instalados allá.

Guerreando, como se dice, abrió camino para quedarse en territorio antioqueño. Siempre al lado de la tierra y del azadón, la peinilla al cinto como le enseñó su padre y una buena mujer para que lo acompañe en todo.

Sentado en la silla de madera, forrada en cuero de chivo, un humo sale de su boca confundándose con la niebla que cubre el día; disfruta el sexto cigarrillo de la mañana en la fría finca cafetera; tranquilo le sonrío a Nancy, mientras que dos perros ladran a su lado en tiempos de vejez y olvido.

CHEJO(V)

Enero de 2012

Todos los días salía de la casa a las seis de la mañana como imantado por la calle. Llevaba reloj, cadenas y pulseras gruesas: unas plateadas y otras doradas en el cuello y los brazos, anillos en varios dedos, así como ropa grande de color. La pierna izquierda parece arrastrarla, calza unas botas ecuatorianas remendadas con cáñamo; las gafas negras esconden la esotropía congénita. Tiene la tez rojiza parecida al cedro, pero Chejo(v) no tiene ese genotipo porque su textura está abrasada por el sol. Saludaba a todo aquel que se le cruzara por el camino y hacía alarde de sus abalorios comprados y regalados por “Ka”, en el único almacén que vende objetos de fantasía, propiedad de Richi, ubicado frente al parque principal del pueblo. El decir de los habitantes era que Chejo(v) pasaba “embambado” cada día.

“Ka” era un joven del pueblo que se crió entre la pobreza más descarnada y que hoy tiene todo por “obra y gracia del Señor”. Nunca pasaba desapercibido a pesar de su pretendida discreción. Tenía orejas grandes, ojos negros, cejas pobladas, nariz de boxeador y dientes esmaltados. El cabello siempre corto. No le podían faltar las pantalonetas, una camiseta y las chancletas para espantar el calor belemita. Las veces que salía a sentarse al parque principal junto a sus amigos y escoltas se agolpaban las personas como si se tratara de una romería. Llegaban a pedir alguna ayuda porque siempre escucharon de la bondad compasiva de “Ka”. Por esa razón, las filas y solicitudes eran largas.

El papá de Chejo(v) tiene ojos verdes, parálisis facial, arrugas gruesas que no parecen piel sino surcos esculpidos en un trozo de madera vieja; fue un militar prestante que habitó el pueblo por mucho tiempo;

sin embargo, Chejo(v) vivía con la mamá en una casa de tablas invadida por el comején, algunas partes eran de adobe y la base en piedra, ubicada al margen derecho —cuando se ingresa al pueblo viniendo de Morelia— por la única vía que conduce a la iglesia, más arriba, a la galería y ya saliendo, hacia San José, al chongo. El techo agujerado, oxidado y sostenido por piedras mostraba el olvido social en esta familia. En el pequeño patio de la casa los acompañaba un cerdo que cuidaban con recelo. Por eso, Chejo(v), siempre desconfiado, decía a la mamá: “plesiento que esta noche se van a lobar la malanita”, aunque los vecinos sabían que la suspicacia de Chejo(v) estaba soportada por los deseos provenientes del consumo de alcohol. Alguien comentó que una vez a la mamá de Chejo(v) le tocó ir a rescatar el cerdo a la galería porque él lo había empeñado por una caneca de aguardiente y tres cervezas. Tomaba hasta más no poder. La galería del pueblo lo arropaba como su segundo hogar y la caseta de bebidas era su cuarto predilecto. Por lo regular, no necesitaba dinero para embriagarse, todos le acolitaban el festín dionisiaco.

En una ocasión a Chejo(v) lo acusaron de abigeato. Llevaba dos días perdido hasta que lo vieron desfilar por las calles con un lazo largo en la mano izquierda y atrás una vaca amarrada del cacho. Iba sonriente y embarrado hasta la cintura. El inspector de policía al verlo con el animal lo abordó y escuchó de Chejo(v) que se había encontrado un lazo tirado, pero no sabía que atado a él estaba el bicho.

En otra ocasión, la mamá de Chejo(v) lo encontró acostado en el patio de la casa masturbándose bajo el cielo estrellado. Al verse sorprendido solo se le escuchó gritar: “quite, mamá, que la chíspeo”.

Ahora, Chejo(v), “el tonto del pueblo”, en Belén de los Andaquíes, lleva varias semanas diciendo que ya viene la “riguilla del emesinueve”. Mueve en repetidas ocasiones la cabeza como si estuviera reafirmando lo manifestado, mientras camina descalzo. Algunos campesinos de la cordillera no desmienten nada y agregan: “volvieron quienes no debieron irse”. Puede que esa guerrilla no sea la misma que camine de nuevo la agreste montaña; no obstante, Chejo(v) sigue recorriendo el pueblo y avisando del retorno oliva.

LA DEUDA

Todo mi ser se distendió y crispé la mano sobre el revólver.
El gatillo cedió, toqué el vientre pulido de la culata y allí,
con el ruido seco y ensordecedor, todo comenzó.

Albert Camus, *El Extranjero*

El reloj marcaba las 6:30 p.m., la noche caía sigilosa y un chubasco pasaba con retraso. Era la hora de cenar y en una mesa esquinera del piqueteadero ubicado en el Juan, tres personas se alistaban a comer. Sobre la mesa dos celulares, tres tapabocas y cuatro Juan Valerios. En el centro una Coca-Cola de tres litros y cinco vasos desechables de siete onzas, apilados. Al fondo una lona verde tapa lo que se hace en la cocina. No hay palabras entre los comensales a pesar del ruido que los rodea. Música variopinta ambienta el lugar.

Lorena ha salido sin saco. Detrás del aguacero vino un frío incómodo. El viento lo hace penetrante y ella cruza los brazos para esconderlos debajo de los senos. Dicen los conocidos que Lorena es rauda y seca; sin embargo, su beldad despeja cualquier objeción hacia ella. Alguna vez Tierra Santa le ofreció quinientos mil pesos si permitía utilizar su imagen para promocionar la ropa que venden frente a la notaría primera, pero Giraldo le prohibió aceptar. Es una buena mujer, conservada, y lleva diez años de concubinato con Giraldo. No tiene hijos, pero sí tres entenados a la distancia. Su estatura mediana encaja bien con la pequeñez de su compañero. Tiene el pelo cobrizo, un pequeño bigotillo que esconde bajo unas capas de polvos de arroz, ojos negros, arruguillas en la frente y comisuras emergentes a los lados de sus ojos que se hacen más notorias al sonreír.

Giraldo, por su parte, era delgado. Los huesos parecían estar forrados por un fino manto de piel y eso lo hacía ver largo. De tez morena, con alopecia y labios finos. Siempre lleva unos quevedos de oro ajustados con precisión sobre su enorme nariz por donde podía respirar toda la familia. No se le consideraba un hombre apuesto, pero tenía “la

lengua larga, el culo pequeño y el pene grande”, tal y como lo dijo Aristófanes al referirse a los malos estudiantes en la antigua Grecia.

—¿Quieren comer algo más? —preguntó Giraldo mientras miraba los Juan Valerios.

No hubo respuesta. Ahora, todos veían la mesa y pensaban en si comer o tomar primero. No esperaban que preguntara eso. Maira, hermana de Lorena, maldijo para sí por haberse sumado a la elección de Giraldo.

—Lo hubieras dicho antes, cuñado —dijo Maira—. Con el hambre no se juega.

Giraldo, con el ceño fruncido y la agudeza de la mirada de sus ojos verdes, ojeó a Maira como quien sabe manejar una pistola. Al otro lado solo hubo una sonrisa temeraria ante la revelada ofensa expuesta en los ojos. También, sintió el recorrido en su rostro con ligereza y descaro.

—Cuñadita, lo siento —replicó Giraldo, mientras descubría el óvalo perfecto del rostro frente a él, tan perfecto que no se atrevió a compararlo con Lorena. No obstante, se dijo: “parece estúpida, pero no, no lo es”.

—Bueno, entonces echemos mano porque no he venido a bostezar —interrumpió Lorena.

—Pues, sí, para lo mucho que hay —comentó Maira. Y mientras tomaba un Juan Valerio se preguntó: “¿Cómo se comporta una mujer cuando sabe que su marido es un maldito tacaño?”.

Lo servido fue consumido y la cuenta divida entre los tres.

—Yo pago lo de Maira —declaró Lorena.

—Yo también me dejo invitar, amor —dijo Giraldo mientras se carcajeaba tan cabal que las personas sentadas cerca a ellos terminaron celebrándole.

Lorena lo vio más pequeño de lo normal; no obstante, se dirigió a pagar en la caja registradora. Mientras se levantaba le pareció poco

guapo Giraldo a pesar de haberle escogido la camisa caqui que portaba. Dio seis pasos, recogió la larga cabellera con una moña rosada, sacó el dinero y canceló sin musitar una palabra. Le devolvieron un recibo y cinco dulces que guardó en el monedero.

Ya son las 7:40 p.m.

Giraldo salió primero con un palillo que hacía bailar entre sus labios y rascándose la barriga en un gesto de plenitud. No se sentía avergonzado. Un miedo frío lo arropó al encontrarse en la calle. Reparó a su alrededor. Percibió que el miedo crecía como un hueco, se hacía un vacío que desplazaba la seguridad en sí mismo. Tuvo náuseas y en la garganta algo viscoso saboreó. Ya no se veía confiado. Lorena y Maira aún no salían del baño ubicado al fondo del piqueteadero.

De inmediato, en la esquina de la calle, apareció un joven alto, apuesto, y delgado. Llevaba puesta una gorra azul con la visera hacia atrás. La barba larga le sumaba años, aunque sus ojos expresivos y joviales confirmaban la bisoña vida. Giraldo sí lo vio, pero no se detuvo a mirarlo. Seguía paladeando la sustancia pegajosa.

—Este es —masculló el joven al ver a Giraldo. Lo identificó por la nariz, la calvicie y la barriga hinchada. Detuvo el paso y corroboró con la empuñadura curvada del arma que la Smith & Wesson se mantenía en la parte trasera de su *jean*. Calculó unas veinte zancadas entre él y Giraldo. Asimismo, recordó que el alcance de su arma era de cien pasos, por eso, no se preocupó en tenerlo tan cerca.

—Ahí estás —oyó decir Giraldo.

Entonces, el joven mostró el arma. Giraldo seguía de pie e inmóvil con la cabeza levantada y los ojos vueltos al victimario. La brisa que soplaba hacia ellos le revolvía la barba al joven; perfilado para disparar experimentó una pesadez sobre los hombros como si cargara un barril. Levantó la cabeza para tomar aire, pero la sensación de ahogo le recordó el incómodo tapabocas. Adelantó el pie izquierdo mientras apretaba el arma con la mano derecha. Giraldo permanecía allí, mirando con dignidad al sujeto que le apuntaba. No le llegaba olor a miedo de hombre. Sintió ganas de darse vuelta, pero supo que eso significaba no atender el aviso único de la desgracia. Quiso correr,

pero advirtió de su llenura, solo pudo escuchar la primera detonación y sintió el impacto de la bala que le perforó el estómago, causándole náuseas calientes. El balazo sonó casi como un chasquido. Trató de echar a correr. Balanceaba el vientre herido en dirección al pique-teadero para protegerse mientras agarraba el abdomen para que los intestinos no se escaparan por el roto de la herida. Una estampida, también, generó el golpe del infortunio. Hubo otra detonación y el proyectil ahora se alojó en las costillas derechas de Giraldo.

El joven no pensaba en el dolor de su víctima. Solo sabía que las manos estaban crispadas y que otro muerto le iba a sumar peso a la vida. Giraldo no le había hecho nada como para tirarle a matar. Mientras disparaba le parecía imposible moverse y cambiar de posición las piernas. Sentía los músculos agarrotados. El corazón se aceleraba cada vez que apretaba el disparador.

El segundo impacto hizo caer de rodillas a Giraldo. La sangre caliente ahora se volvía espumosa en la boca junto a la sensación pastosa de la lengua. El joven, otra vez, descargó una bala sobre la cabeza de Giraldo que penetró el cráneo y salió por el ojo derecho. Ahora el piso había ascendido hacia el cuerpo inerte.

Giraldo siguió sacudiéndose por algunos segundos. El joven dejó de disparar al ver su víctima agonizando. Retiró la presión del arma y sacó el índice del guardamonte. Desmontó y, luego, guardó el revólver sin afán, acomodó su gorra y se devolvió por donde vino.

El reloj de Lorena marca las 7:42 p.m.

Maira sale primero y ve a Giraldo tirado en el andén, un charco de sangre lo rodea. Lorena ha escuchado el alboroto, pero no logra comprender la gravedad de los hechos. Mira a Maira parada junto a un cuerpo y reconoce que es Giraldo. Lo ve como pegado al suelo.

La brisa seguía en dirección a ellos. Lorena miró al mesero que salía debajo de una silla sudoroso y pálido.

—No mueve nada y parece que no respira —dijo Maira.

Lorena sintió náuseas y debilidad. El cuerpo se tensaba sin perder la concentración en el cadáver. Los quevedos de Giraldo habían saltado dos metros. Algunas moscas llegaban y se arremolinaban en la sangre esparcida. Otras como la mosca verde buscaban un orificio en el cadáver para depositar sus huevos. Lorena creyó ver que el cuerpo se despedía con dolor como último gesto.

A una cuadra de los acontecimientos se oía hablar a un grupo de personas que contaban a otras lo sucedido. Lorena oía las voces y sacudía el cuerpo como si tratara de despertar. No supo qué hacer. Hubo voces imperiosas.

A continuación, Lorena volvió a ver el cuerpo de Giraldo. Miró hacia los lados para constatar que ella no fuera la siguiente víctima. Nadie más se acercó. Lorena en ese instante no lloró ni se sintió viuda. Sabía de sus atributos; por eso, no vivió los hechos como un padecimiento, sino como una liberación.

—Hola, Lorena, ¿estás ahí? —preguntó Maira.

—¿Por qué lo mataron? —cuestionó Lorena.

“¿Será que lo mataron por tacaño a este hijueputa?” —se le ocurrió pensar a Maira.

No obstante, el informe investigativo policial dio a conocer los motivos de la muerte. Los medios de comunicación fueron los primeros en dar la noticia del deceso de Giraldo. El *Q'hubo* intituló: “Ajuste de cuentas entre malos”. Sin embargo, Lorena no entendió la situación porque nunca supo de la desmovilización de Giraldo ni de su participación en la Operación Orión. No tuvo conocimiento del maridaje entre paramilitares, Cuarta Brigada y Policía Metropolitana. Tampoco indagó a Giraldo por la herida de bala en el brazo izquierdo cuando este caminaba las zonas altas de La Comuna, en Medellín, junto a Lucifer. Y menos por el motivo que lo llevó a instalarse en Florencia. La página 6 del periódico amplió los detalles del informe. Describió, por ejemplo, a Giraldo como un “cazador” en los operativos que pretendieron dar de baja a milicianos y guerrilleros instalados en La Comuna y zonas aledañas. Mano derecha de don Berna y amigo de los generales del Ejército y la Policía en su momento. Siempre lo

vieron caminar con una Mini-Uzi a la altura del vientre. Quienes lo conocieron en aquella época declararon que era la voz última que escuchaban antes del aguacero de balas; Belencito dijo que gritaba: —¡Comenzó la fiesta, hijueputas! Allí murieron muchos civiles en el cruce de plomo, pero, también, por orden de don Berna, quien en realidad comandaba la operación. Peralta contó que Giraldo salió mal de Medellín después de la acción antisubversiva y con muchos enemigos para tan frágil coraza de piel; por eso buscó a Pedro, un amigo en el Caquetá, para que lo recibiera y escondiera mientras “bajaba la marea”. Llegó a Belén de los Andaquíes, un pueblo golpeado por un frente del Bloque Central Bolívar. Ahí duró dos años oculto hasta que se trasladó a Florencia. Por lo tanto, aferrándose a una esperanza de vida, decidió echar raíces y tratar de cambiar el destino calamitoso. Empero, la comodidad no fue eterna porque hasta Florencia salpicaron tres gotas de desagravio.

SALSA Y CONTROL

Levántate men y ponte duro.

Hermanos Lebrón, "Salsa y control"

"Salsa y control" retumbó en los amplificadores de Borinquen y yo la vi menearse sin solución, pues el único hombre disponible era yo. Era mi tercera cerveza y mi primera bailada. Caminé con seguridad y le extendí la mano invitándola a la pista de baile. Me miró y se sonrió con un gesto único que la hizo más bella. Hasta el centro de la pista contoneándose se dirigió. Ya en el escenario, su carne magra se movía vital al ritmo de la música. Eso fue solo cuando se distanció de mi abrazo. Yo era solo una disculpa para que ella mostrara su cuerpo lleno de ganas de vivir. La acompañé a su silla al terminar la canción y cuando iba para mi mesa dijo:

—Vos no sabés bailar. ¿Ves ese negro lindo que está allá? Ese sí que sabe hacerlo.

Miré al centro y le di la razón sin entusiasmo.

—Yo no vengo solo a bailar, también veo, aprecio y converso.

—Ya que no sos bueno para el baile por lo menos hablarás sabroso.

—No me empeño en nada, solo hablo de lo que quiero y puedo, si es sabroso o no, no es mi plan.

Le dije quién era y qué hacía, y me escuchó con cortesía, pero sin interés.

—Vos no sos bueno ni pa' bailar, ni pa' hablar y no quiero seguir averiguando en qué sos bueno porque me puedo tirar la noche. Pero ya que no sabés hablar, a lo mejor servís para escuchar. ¿Preguntás qué soy y qué hago? Me vas a escuchar, ¿oís? He sido puta, soy puta y seré

hasta que algún güevón me lleve a vivir mejor o hasta que se me pase la arrechera con que dios me echó al mundo. ¿Que cómo la he pasado en este oficio? Cállate y déjame contarte que vos estás saliendo malo hasta pa' escuchar. Vos sabés de qué vivimos y quiénes son nuestros clientes. Los más malos son los que, como usted, llevan una vida normal. Por lo regular pagan poco, quieren más y son mal polvo. Los que se la juegan en el borde, esos son más interesantes en la paga, en la labia y en el catre. Porque es así, los polvos también reflejan lo que somos, lo que hacemos, lo que sentimos, lo que valemos. Mire nomás la gente que se la juega toda en cada apuesta: los guerrillos, los paraguayos, los malandros, incluso los militares: todos esos sí resultan interesantes. Saben que cada polvo que se echan puede ser el último y ponen la vida en ello. Hay unas copas y palabras, hay juego de seducción, hay comprometimiento y como creen que uno no cuenta para nadie terminan por contar más de lo que debieran. Pero lo que se dice haciendo el amor es una confesión y las confesiones no se traicionan. A veces sabemos antes que mucha gente cuando va a haber una toma, un operativo, un negocio grande o una feria de atracos. Si a ellos les va bien, a nosotras también, si les va mal, pues nos afecta. Los que matan se sienten huérfanos y vienen por un poco de cariño y de placer. Antes de ir a morir o matar, vienen. También después, pero en los dos casos tienen la cara y el ánimo diferentes. A veces se encuentran aquí antes de matarse, porque el coño es un punto de cruce donde se reúne lo disperso. La guerra se alarga en "las montañas de Colombia", el amor de los guerreros en el "monte de Venus". Ellos utilizan nuestro coño como eje de su existencia desde donde relacionan lo próximo y lo lejano, el aquí y el allá, el antes y el después. En realidad, el coño es un escenario sabroso al que llegan después de un largo viaje que los separó de sus madres y de sus mujeres. Llegan y buscan desesperados meterse por el mismo hueco por donde salieron, antes de bajar al orificio de la otra madre: la tierra. Porque, profé, la vida es como un viaje entre la tumba del vientre y el vientre de la tumba. Pero hagamos un paréntesis para que me digás por qué te gustan las historias ajenas, o es que acaso no tenés en la vida cosas interesantes que hacer. No chulerías, cosas interesantes en las que te juegues, porque cuando uno se la juega, es cuando las historias valen la pena. La verdad, no te veo jugándotela, porque es que uno no se la juega detrás de un churrasco, en un cóctel o viendo videos en el computador. Uno se la juega cuando encara la vida por lo que es, por lo que hace y por lo que piensa. Las

otras chulerías ayudan a que la vida sea larga y aburrida, simple y en blanco, y negro. No es que nosotros no la juguemos en cada polvo, es que cada polvo vale la pena jugársela, porque al fin y al cabo todos venimos con los polvos contados y gastarlos sin ton ni son es perder la posibilidad de un encuentro con el cielo y... un paso más hacia el infierno. Porque el infierno existe. Eso dijo en estos días el nuevo papa alemán. ¿Papa alemán?, eso es raro. Uno sabe que Alemania ha dado jugadores, escritores y uno que otro dictador, ¿pero papas? Eso sí que no. Para poder llegar allá tendría que haber sido un *cacorro* indomable, que es una de las formas de ser alguien en la Iglesia, donde hay tanto maricón oculto bajo la sotana. No hay verdaderos papas alemanes, así como no hay toreros japoneses o astronautas chibchas. Pero lo que nadie puede discutir es que las mejores putas son las colombianas y que los hombres más culiones son también los colombianos. Eso los pierde, porque por este coño mío han pasado políticos, curas arrepentidos, milicos, guerrillos, paracos y una que otra monja despistada. Todos *cantan*, antes o después del polvo, quiénes son, a qué se dedican, de dónde vienen y qué van a hacer en los días siguientes. Son como huérfanos, solitarios, buscando una tabla que les ayude a flotar sin juzgarlos por lo que son. ¿Ve, güevón? Se supone que vino a bailar, a tomarse unas copas y a culiar, pero todo se le fue en lengua. Yo me voy a bailar, a mostrarme, a sacudirlo pa' que les entren ganas a los mirones y paguen por intentarlo. Si te gustan más las palabras que "lo que te tengo aquí", a mí no me servís. Por las palabras no dan nada. Por "este" sí que pagan bien. Chau.

Y se fue a bailar de nuevo por entre la gente que cada vez era más en ese rincón apretado de la salsa en Florencia. Terminé la cerveza, me fui a la barra y pagué mientras la noche se llenaba de música y de promesas.

LA ARAÑA¹

Hacia las 4:00 a.m. la brisa fría que venía del río, por entre los árboles, trajo los primeros cantos de las guacharacas. Solo entonces los tres hombres de la Toyota azul comprendieron que se les acababa la jornada de trabajo.

Algunos prestantes del pueblo les habían hecho saber su incomodidad por la presencia continua de los llamados desechables cerca de sus negocios. Les dijeron que afeaban el ambiente y asustaban a los clientes. Los detalles del encargo no fueron necesarios. Luego pasarían a cobrar por su trabajo. Después, los noticiarios publicarían los resultados. Sabían de cierto que, entre la complacencia y el temor, les pagarían generosamente.

Habían empezado hacia las once. Echaron la gasolina, quitaron la placa y sin decir palabras salieron a “trabajar”. Primero un ladrón de cables de teléfono, luego una *percanta* vieja con sida. Más allá un estudiante pendenciero y, por último, la Araña. Lo sorprendieron entre la aspirada del tercer “porro” y la soplada del primer “maduro”.

—¡Súbase hijueputa!, le vamos a dar un paseíto.

Los miró casi con complacencia, como si lo fuesen a liberar para siempre de no sé qué destino. Los dos hombres de la parte trasera de la camioneta se sintieron humillados con su actitud. Siempre se asustan cuando la gente no les tiene miedo.

—¡Muy sobrado el hijueputica, pues!

No los miró, obedeció sin palabras y se acomodó entre la puta y el ladrón.

1 La Araña es un mecánico de Florencia que siempre ha trabajado en La Playa, en los ratos que se lo permite una fuerte dependencia de las drogas. Es feo al extremo, amable e inofensivo.

—¡Amarre a este cabrón que está jugando a braverito!

Sería más de medianoche cuando salieron de la ciudad por la carretera vieja al interior del país. Era viernes y la gente aplaza sus deseos para el fin de semana. Trataban de vivir en unas horas la ilusión de libertad que da el tiempo libre del trabajo.

Cuando quedaron atrás las últimas luces de la ciudad, el cielo se llenó de estrellas, arriba de la mole negra de la cordillera. Era todo un espectáculo el extenso campal del cielo. A los tres tipos les pareció que desde allá los estaban viendo todos los que habían “llevado a pasear” antes. Esa noche, no eran los únicos en taparse con la oscuridad de noviembre. El ansia aplazada de toda la semana apostó amantes furtivos cada quinientos metros, en los recodos del camino.

—Vamos a devolvernos, hay mucha “ropa extendida”.

—Vámonos por el lado de abajo.

Descendieron hasta El Caraño y tomaron la carretera nueva.

El último bus de Coomotor había salido a las once y pasó por allí a la una y cincuenta, después de la requisa que entretuvo a los soldados por un rato.

Tuvieron que esperar por hora y media a que dejaran de pasar más carros. Luego el ambiente quedó despejado y pararon al borde de un abismo que cae directo a las aguas del río Hacha. Bajaron a la mujer enferma y dispararon una sola vez. Abajo, a lo lejos, se oyó el encuentro del cuerpo con el agua fría del río. El turno fue para el ladrón. No lloró, no suplicó, no resistió. Se avino a su destino en silencio, como quien abraza la muerte, despreciando la vida. Su cuerpo se sacudió a cada disparo. Fueron cuatro estallidos secos que se multiplicaron en el silencio de la noche contra los farallones del río.

A lo lejos, en un recodo del camino serpenteante, apareció la luz de un transporte de leche. Empezaba a amanecer. Los centros de ordeño de las fincas cercanas habían entregado media hora antes.

—Todavía podemos darle a uno más. Tenemos unos veinte minutos mientras llega el camión. El estudiante lloró y suplicó. Eso retardó un

poco las cosas, pero al final, un tiro en la cabeza lo remedió todo. El suelo se manchó con una sangre espesa que se regó por el suelo como un alarido.

—¡Vámonos!, adelante le damos a este pirobo.

Saltaron al platón y el conductor trató de encender sin éxito.

—¿Qué mierda le pasa a esta hijueputa? La camioneta seguía en el mismo sitio, mientras el camión se aproximaba a solo unos metros. El conductor los vio y se preocupó, pero se detuvo y les ofreció ayuda. Era un chofer pastuso de unos cincuenta años que se atrevió a decir:

—¿Qué es que ha pasado, muchachos?

—Ya lo tenemos resuelto, gracias y váyase. El pastuso entendió que algo no andaba bien y se marchó de prisa.

Siguieron intentado encender el carro, pero no fue posible. Lo empujaron, pero tampoco funcionó.

Eran las cuatro y lo dejaron rodar para alejarse del lugar donde había quedado el charco de sangre tapado con arena sucia. Cuando pasó el furgón de Taxis Verdes de las cuatro y media, Araña dijo:

—Soy mecánico de toda la vida y sigo siéndolo hasta que me llegue el turno. Los tres hombres se rieron y lo soltaron. Afuera de la camioneta ya había amanecido y el sol tierno despuntaba por encima de los farallones del río.

Le dieron las herramientas, esperaron preocupados y hacia las siete el carro volvió a encender. El día se había metido y todos empezaban a sudar. Les entregó la herramienta como aceptando lo que seguiría. Los tres se miraron, no dijeron palabra; encendieron el carro, lo dejaron tirado en el camino y regresaron a la ciudad.

Esta vez, las noticias de las doce anunciaron a los prestantes que el “trabajo” estaba hecho, pero nadie llegó para cobrarlo.

Araña había regresado de nuevo a la ciudad en el bus de Coomotor que baja a las ocho. Venía conversando con una vendedora de biscochos de

achira que se había subido en Altamira. Media hora después estaba en La Playa, debajo de un carro, untado de grasa todo el cuerpo, viendo sin mirar, la extraña apariencia de un carro por debajo.

DEMASIADO TARDE

[S]i los problemas seguían siendo los mismos,
no tenían por qué cambiar las consignas.

Carlos Medina Gallego, *Al calor del tropel*

Nuestra llegada era al puerto de Curillo: una estructura metálica de color amarillo que se encuentra incrustada a la orilla del río Caquetá. La indicación para llegar era seguir derecho hasta el fondo por la única vía que conduce a la iglesia, más arriba, a la plaza de mercado y, ya saliendo, al putiadero. Conmigo viajaban Ricardo y Violeta. Éramos tímidos y jóvenes, sin embargo, entre nosotros había un contrato rebelde. Violeta cargaba una mochila arhuaca. No llevábamos mucho dinero y sí bastante hambre, no obstante, al llegar nos dirigimos al comedor de doña Ester. Ahí nos calmarían la apetencia. Yo tenía el dato.

Mientras caminábamos, un sujeto montado en su alazán y famélico caballo resbaló, y al caer quedó enganchado por el vientre entre unas rejas bajitas con puntas de lanza. No hubo oportunidad de contener el infortunio, ni de agarrarse del fuste de la silla de montar porque la embriaguez lo traía sin reacción. Solo pudimos vernos entre nosotros como preguntándonos el porqué del suceso. Al momento las personas se agolparon alrededor. Alguien dijo que se le estaba saliendo el menudo en tanto que el beodo sujeto trataba de apretar la herida. Y mientras la desesperación se apoderaba de la multitud una mujer membruda se abrió paso, desenganchó al fulano como si estuviera bajando un marrano, lo tendió sobre la calle polvorienta y, enseguida, lo puso sobre su hombro derecho mientras el hombre gritaba de dolor. Intentó moverse para acomodarse, pero se desmayó. Pronto la gente se dispersó. El caballo, con la cabeza gacha, no siguió a su dueño, parecía buscar pasto verde, por lo tanto, lo vimos perderse entre un potrero que estaba detrás de la galería.

El viento frío que venía de la playa destempló nuestros cuerpos. Pensé en el lugar donde estábamos, las peripecias, el camino desde Tunja hasta el Caquetá, el calor pegajoso de las tardes, el hambre y en Ricardo, y en Violeta, más en Violeta.

Arrimamos al comedor que está contiguo al puerto, una casa grande de muchos colores mal conjugados, parada en unos zancos de concreto enclavados en la playa del río. Desde su zaguán se dejaba ver en lo profundo la pérdida y extensión del río Caquetá. Pequeños riachuelos que antes eran venas generosas que le tributaban al río mayor, son ahora cloacas que contaminan con la miseria. Un olor nauseabundo en las sentinas desagradaba la vista y el verde del trayecto se difuminaba con el negro en la tierra.

Curillo es un hervidero de vida. Convergen varios departamentos que se cruzan por las actividades económicas. Puerto fluvial y comercial que comunica el Bajo Cauca y Putumayo. Municipio abierto entre la llanura tropical y su selva que está conectada con el interior del Caquetá, desde donde se extienden los tentáculos usureros de algunos comerciantes que llegan allí. Un comercio fluido, dinámico y abundante se teje para dar mayor movilidad social, aunque detrás de ese movimiento algunas tragedias se hilan.

Estando adentro preguntamos por doña Ester. Yo tomé la palabra:

—Buen día, señora Ester.

—Buen día, mijo.

—Doña Ester, es que nosotros venimos de parte del camarada.

Una mueca brava me miró a los ojos y espetó:

—Hable más duro para que lo oigan. ¿No sabe que las paredes tienen oídos?

—Disculpe, doña Ester, debe ser el hambre que me hace imprudente.

—Bueno, ¿cuántos son ustedes?

—Tres no más. Mire, los otros dos están en la puerta, ¿los ve?

—Bueno, siéntense en la mesa de atrás. No olviden que la voladora sale a las 8:00 a.m., o sea, tienen media hora para comer. Les ofrezco pajarilla, caldo de costilla, lengua en salsa o bandeja de frijoles con carne chusquiada.

Levanté la mano para llamar a Ricardo y Violeta. Ellos ingresaron sonriendo a pesar de su timidez. Los acomodé en la mesa indicada y les pregunté qué querían comer. Repetí el menú y Ricardo pidió caldo de costilla; Violeta, bandeja de frijoles con carne chusquiada y yo pajarilla. La demora fue que nos sentáramos para que sirvieran los platos. Comimos con ganas. Recogieron la loza y doña Ester se me arrimó:

—Venga aquí, mijo, tengo algo para ustedes.

—Sí, señora.

—Tome los tres boletos para que suban al deslizador. Son cuatro horas de viaje por el río. Van a pasar por Mononguetes, Solita y se bajan en Solano. No hablen con nadie. El Ejército los va a parar. Si les preguntan contestan que van a visitar la familia o si no, no. No olviden que cada uno por su lado hasta que lleguen a Solano.

—¿Quién nos recibe?, doña Ester.

—No se preocupe que ya saben de ustedes y los están esperando.

Nos despedimos sin mayor entusiasmo y tratamos de salir en dirección a la voladora que flotaba a la orilla del río. Identificamos el transporte: “La preciosa”, se llamaba la embarcación. Atrás tenía dos motores grandes y dos recipientes azules llenos de gasolina para alimentar la máquina. El ayudante nos entregó a cada uno un chaleco salvavidas. Cuando lo recibió Ricardo supe que le tenía miedo al agua. Violeta se lo ayudó a poner y a apretar. Yo los miraba, pero más a Violeta.

—¿Cómo te sientes, Ricardo? —pregunté.

—Bien.

—Tranquilo. Ya verás lo rico del viaje. El viento y las gotas que saltan del río te darán reposo.

A las 8:15 a.m. prendieron los motores y echamos a deslizarnos a contracorriente. No había llovido y el río parecía tranquilo, sin embargo, en agua turbia emplayar es una opción así el motorista sea talentoso. En la punta de la embarcación va el ayudante mirando y guiando el zigzagueante recorrido. También lo veo pasar hacia atrás mientras se agarra y pisa fuerte por el borde de la voladora para atender el consumo de la gasolina en los impulsores. Fueron cuatro horas de viaje tal y como doña Ester lo había indicado. En esta ocasión no hubo requisita ni preguntas cuando el Ejército nos paró. Solo otearon las personas, sus pertenencias y dieron la orden de seguir.

—¿Alguna vez había visto algo igual? —consulté a Ricardo.

—No —dijo Ricardo—. Sintió ligeras náuseas.

A Violeta no le pregunté porque estaba ubicada dos puestos más arriba de nosotros.

Llegamos a las 12:20 p.m. Cuando estábamos bajando vi que el motorista no tenía una oreja. La nariz estaba hundida, los ojos rojos, los labios agrietados y portaba un sombrero hongo. Había una forma rara en él. A la luz del sol tenía un aspecto curioso.

Ya fuera de la embarcación un joven de piel trigueña, *jean* apretado, botas ecuatorianas y poncho terciado en el cuello abordó a Violeta como si la conociera. Se saludaron y ella señaló hacia nosotros. Yo traté de esconderme con la mirada entre la multitud que acababa de bajar, no obstante, Ricardo ya había echado a andar hacia ella. Detrás fui yo. Se presentó como Federico.

—¿Muchachos, tienen hambre?

—Hace unas horas desayunamos —contesté.

—Vamos y comemos empanas de cambray mientras llega el otro muchacho —mencionó.

—¿Toca esperar mucho? —indagué.

—No tanto porque él subió a conseguir gasolina para seguir el camino.

Mientras subíamos hacia la galería del pueblo Federico nos pidió lo siguiente:

—Vayan pensando en otro nombre para que así los conozcan arriba.

—¿Con apellido?

—No es necesario, solo el nombre y ya.

—¿Cualquiera?

—El que ustedes escojan.

—¿Puede ser compuesto por otros nombres?

—El que más le guste.

—Entonces, lo tengo.

Miré primero a Violeta y, luego, a Ricardo.

—Me llamaré Rosmael.

—¿Rosmael? —replicó Ricardo.

—Sí. Federico dijo que cualquier nombre.

—¿Y por qué ese nombre? —preguntó Violeta.

—Porque quiero pensar en los dos seres que más quiero: Rosmery e Israel; así se llaman mis padres.

—Federico, desde ahora dime Rosmael.

—Pueden ustedes llamarme Ismael —dijo Ricardo.

Federico asentó con la cabeza y siguió caminando. Yo, en cambio, pensé: es probable que la elección de Ricardo responda a *Moby Dick* porque citó el inicio de la obra. Por su lado, Violeta no manifestó el seudónimo y rio al escuchar el de Ricardo.

Cada uno se comió dos empanas de cambray acompañadas de un vaso de avena cubana. Terminamos de merendar y de una vez nos bajamos al pequeño puerto. Allí se encontraba el otro muchacho. Lo saludamos, subimos e iniciamos el recorrido restante. Fueron tres horas por el serpenteante trayecto hacia Mecaya, sitio de encuentro tranquilo y hermanado del río Caquetá con uno de los ríos del Putumayo.

—Aquí ya es Puerto Guzmán, Putumayo, muchachos —dijo Federico mientras señalaba con la mano izquierda.

—¿Vamos a llegar ahí? —interrogué.

—Llegamos a saludar y a preguntar cómo está el pedacito restante de la ruta.

Esa noche descansamos con la comunidad uitoto de la vereda Mecaya —bueno, es un decir que descansamos porque el enjambre endurecido de mosquitos y el calor estuvieron insoportables, aunque Violeta parecía más cómoda y, por eso, la admiré más—. Al otro día madrugamos y continuamos el trayecto azaroso hasta llegar a Yurilla. En esta ocasión dos horas, sobre el turbio río Mecaya, fueron suficientes para arribar. Al detenernos, la brisa nos impregnó de un olor a fango, barro, raíces podridas y almizcle animal, sobre la margen del río aparecieron los brazos verdes y largos de las veraneras cargadas de flores de un lila intenso, contra el fondo azul del cielo de octubre. Vimos saltar por entre las ramas los nuevos habitantes del jardín. El verano se anunciaba en forma de pájaros y flores. Sentí la ilusión y los temores del final del año.

—Camaradas, bienvenidos —dijeron al acercarnos.

—Gracias —contestamos al unísono.

Nos recibió Jairo Martínez, miembro del Bloque Sur y comandante del Frente 15. Con él iba el reemplazante de frente, de muñecas gruesas y unas unidades tácticas de combate que siempre lo acompañaban por si la pelea lo sorprendía en algún lugar. No hubo mucho tiempo para departir porque la sensación era de confrontación en cualquier momento. Por ejemplo, una semana atrás tuvieron un operativo cerca.

—No nos demoraremos esta vez. Ayer desembarcaron tres helicópteros con unidades de la Fudra y entramos en combate con nuestros muchachos.

—¿Y hoy puede pasar de nuevo? —preguntó Ricardo.

—No creo porque salieron varios heridos y dos muertos. Esta vez les salió el tiro por la culata.

Allí estuvimos cinco días. La verdad, no pude dormir bien. La caleta que me armaron no tenía hojas suficientes para el peso que cargo. Además, antes de que los primeros rayos de luz solar penetraran la tupida selva, un mono *Callicebus caquetensis* llegaba al árbol ubicado a mi costado derecho y empezaba a aullar. La guerrillera se reía. Alguien me advirtió:

—No te dejará en paz. Desconoce a los civiles.

Yo llevaba unos informes de las estructuras urbanas organizadas en células del Movimiento Bolivariano o el Mario Benedetti, este último nombre se usaba para despistar al enemigo. Por eso, cuando se convocaban reuniones en la universidad decíamos: “vamos a leer unos poemas de Mario Benedetti, por favor, llevar la obra”. Por su parte, a Ricardo lo volví a ver cuando íbamos de salida. Y ahí me enteré de que Violeta se quedaba. No sé si unos meses. Lo cierto es que apoyaría toda la actividad de difusión radial del frente y el Bloque Sur. Quise despedirme y decirle que me encantaba verla, que deseaba besarla y que, si me lo pedía, también me quedaría. La imaginé cerca mientras mis manos se deslizaban por su espalda hasta aferrarme a su cintura; quedarme ahí inmóvil y estremecido para saborear la sutil diferencia de su cuerpo, para sentirla cómplice mientras recorro la parcela femenina y ahogar el abismo de éxtasis en un beso eterno. No obstante, ella extendió la mano y sonrió.

—Hasta la próxima, camarada.

—Cuídate mucho, Violeta.

—Soy Ramona, ahora soy Ramona.

De vuelta, Ricardo, no habló mucho. Tampoco pregunté. Bajaba con una sensación rara y curiosa. Sentí un bombeo lento en los dedos así que comencé a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, ahora, lo hacía en voz alta.

—¿Qué cuentas? —preguntó Ricardo.

—Las charapas por el río —contesté.

—¿Charapas? ¿Qué es eso?

—¿No las ve? Mírelas. Son tortugas pequeñas de esta región amazónica. Por acá se las comen y los huevos son apetecidos.

—¿La has comido?

—No, nunca.

—Hablando de comida, ¿dónde vamos a almorzar Carlos?

—Ya no me llames por la chapa, dime Alfonso.

—Listo.

—¿Tienes hambre, Ricardo?

—De mil demonios Alfonso.

—Estamos por llegar.

—Hubiéramos empacado unas cancharinas. Se veían ricas. A mí me dio pena pedir.

Más arriba un silencio se instaló entre nosotros. Solo escuchábamos el rugir de los motores y el golpe seco de la lancha cuando era levantada por las pequeñas ondas que deambulan por el río. Comimos en Solano y seguimos nuestra travesía. En Mononguetes nos paró el Ejército.

—Huele a mierda —gritó el cabo Hernández.

Tenía la gorra camuflada inclinada sobre los ojos. Ricardo y yo nos pusimos nerviosos.

—¿Quién hijueputas se creen? —vociferó otro militar de apellido Páez—. ¿Pasan por acá como si nada? ¿Se presentan y nadie va a decir nada?

De manera inconsciente, Ricardo lanzó una mirada furiosa pero no dijo una palabra. Tenía la cara blanca y los ojos invisibles.

—No saben lo que les espera —advirtió el cabo Martínez riendo.

Nunca nos bajamos de la voladora. Siempre estuvimos sentados y aferrados a nuestros morrales. Ricardo llevaba unos papeles sueltos en el bolsillo izquierdo de su pantalón con apuntes del curso que le dieron abajo. Por lo tanto, se le ocurrió mojarlos y, luego dejar que la corriente del río arrastrara la información sin que nadie se diera cuenta. No dijo nada, pero vi en su rostro preocupación y rabia. A esa hora el calor era insoportable. Los lugares selváticos son húmedos y pegajosos como si uno se bañara en agua con azúcar. Los dos sudábamos sin parar. Las orejas estaban más rojas de lo normal y creo que se nos notaba la cara de habitantes de tierra fría.

El viaje, para los dos, terminaba en Tunja. Así que al entrar a Curillo tomamos el primer bus que salía para Florencia, luego, en el terminal, uno hasta Neiva, después a Bogotá y, finalmente, a Tunja. El cansancio, la cotidianidad y las reglas de la clandestinidad urbana no nos dieron la oportunidad de despedimos como viejos conocidos: un apretón de manos y “por ahí nos vemos” fue todo. Cada uno trajo tareas, también, recuerdos. Durante tres semanas pensé mucho en Violeta o Ramona. ¿Estará viva? ¿Fumará igual con las profundas chupadas al cigarrillo? ¿Las volutas del humo la entretendrán con sus movimientos vagarosos? ¿Volveré a ver esos ojos de color extraño? ¿Alguna vez el brillante y dulce rostro de Violeta o Ramona aparecerá frente a mí? Pero la suerte estaba echada, por tal razón, debía ocuparme de mis quehaceres y citar una reunión con la dirección y mando urbano. En consecuencia, llamé a Carol.

—Hola Carol.

—¿Alfonso?

—Sí, el mismo.

—¿Qué más, parcerero?

—Todo bien. Mire, contacte a Viviana y veámonos en la U.

—¿Algo especial?

—No, nada. Lo que pasa es que traje el último libro de Mario Benedetti y quiero compartírselo.

—Listo.

—Nos vemos mañana a las nueve de la mañana en el cafetín rojo. De ahí pasamos a un lugar donde podamos leer.

—Bien.

Al otro día nos encontramos. Comenté las tareas emanadas de la reunión y los saludos que mandaban. Además, que esperaban una próxima subida con todos. Crecer como estructura y como partido clandestino estaba de primero en el plan de trabajo, sin embargo, mover los estudiantes era otra. Esa tarea fue asignada a Ricardo. Él debía hablar con los parches de la U y organizar un tropel. Los materiales llegaban en cuatro días con Pedrito del Huila. Los enviaba el Frente 17, Angelino Godoy. Traía la pólvora y el perclorato. El azufre y el papel aluminio lo conseguíamos nosotros. Las piedras, en una recolecta dentro de la universidad. No quedaba mucho tiempo para la pelea, por eso nos concentramos en el evento. Carol y Viviana coordinaron el tema médico y de derechos humanos. La leche, vinagre, overoles y montada de la cocina lo hizo Ricardo; a él le gustaba todo lo que sonara y entre más duro, mejor. Se movía rápido. No era de discursos, ni de asambleas, tampoco dirigente de multitudes, en realidad, no lo veía interesado en salvar el mundo, pero aprendía con agilidad. Una vez me dijo que ya se había memorizado las consignas y frases: “tombo, hijueputa”, “cerdos”, “compañeros y compañeras”, “todas y todos”, “rector pusilánime”, “compitas”, “por nuestros muertos ni un minuto de silencio”, “abajo el imperialismo” y una que lo alentaba: “hemos jurado vencer y venceremos”.

La refriega era para conmemorar el día del estudiante combativo y revolucionario. Por tal razón, se acordó el 8 de junio de 2012. Con

la cantidad de material que llegó para la pelea se proyectaron unas seiscientas papas:

—Suficiente para ponerlos a bailar —mencionó Ricardo mientras reía con cierta picardía.

—¿Dónde va a poner la cocina? —pregunté.

—En el segundo piso del Central —contestó Ricardo.

—¿No está lejos? El bonche con los tombos es por la avenida —repliqué.

—Entonces, déjeme pensar un lugar estratégico para que pueda suministrar el tubérculo.

—No olvide dejarlas bien cargadas y apretadas.

—No se preocupe que los cocineros ya tienen el curso de manipulación de alimentos al día.

La cita se dio a las 6:00 a.m., aparecieron todos los que iban a participar en la cocina y uno que otro convidado. Ese día llegó hasta el gordo Kike. No veía su grueso cuello y cabeza grande desde el semestre anterior cuando asistimos a literatura latinoamericana. Era un hombre membrudo. De sus hombros estrechos parecían salir dos brazos sólidos capaces de levantar un cuerpo inerte del suelo, sin embargo, no peleaba con nadie. Recuerdo que nos hicimos amigos en el salón. Yo estaba repitiendo. Él venía de Tocaima y reía cuando hablaba de su pueblo porque decía que en lo único que la gente se ponía de acuerdo, sin saberlo, era en salir todas las tardes a la puerta de sus casas en pantalonetas, sin camisa y con un corta uñas a “mutilar los cascos”. No lograba captar el chiste, pero respondía con una sonrisa solidaria. Vivía en la universidad; es decir, la universidad para él era su segunda casa o refugio. Allí desayunaba, almorzaba y cenaba en el restaurante estudiantil, las siestas las hacía debajo de un árbol frondoso, cepillaba los dientes en los baños de la biblioteca y prestaba libros. No fumaba cigarrillo, pero alguien me contó que le gustaba la marihuana. La verdad, nunca lo vi en esas. También cayó Ivanov. Un negro de brazos largos. Era arquero en la selección departamental de fútbol. Bueno para correr. Varios le decían Nucita, pero a mí no me gustaba ese

apodo, por eso, siempre preferí llamarlo Negro. A él le gustaba tropezar. Se camuflaba entre los capuchos, sin embargo, lo delataba la forma de caminar porque no asentaba todo el pie, sino que andaba en puntas. El cabello esponjoso lo escondía bajo una media velada. Le gustaba salir todo de negro “para confundir al enemigo”, repetía. Estudiaba derecho. Su mamá, pensionada, fue una profesora rural y el papá un conductor de mula y amante de la esférica. El nombre Ivanov se lo puso el padre en homenaje al búlgaro Trifon “el Lobo” Ivanov, exjugador del FC Etar, CSKA Sofía, Xamax Neuchâtel, Rapid de Viena, Austria de Viena y Real Betis.

Para la jornada recolectaron piedras esféricas con un diámetro no mayor a siete centímetros. La idea era juntar más o menos setecientas porque había bastante por quemar. Ricardo y otros cinco muchachos se ocuparon de armar las papas. Alistarlas no tenían mayor ciencia, pues solo era poner sobre un pedazo de papel aluminio siete cucharadas de pólvora, dos de clorato y una de azufre, luego, la piedra. Por último, se envolvía y se apretaba con mucho cuidado.

La cocina la ubicaron cerca a la entrada principal para que los muchachos accedieran al material explosivo. Ricardo las distribuía. El día estaba suave y el sol se sostenía sobre la cordillera. Entre nosotros la adrenalina crecía. Lo primero que hicimos fue taponar la vía que está frente a la universidad. No era domingo, pero todo parecía solemne y cuidadoso. Mientras esperábamos el escuadrón móvil antidisturbios quemábamos llantas y palos en la carretera para impedir el paso. Armábamos barricadas y gritábamos una que otra arenga. Salimos a pelear como si tuviéramos un pacto, un pacto de hombría que no podía romperse: un pacto revolucionario. Pocas mujeres participaban, pero quienes entraban a la fiesta lo hacían con ahínco. Así conocí a Violeta en medio de revueltas y organizando cada parada. Extraño fue correr, saltar, tirar y estallar ese día sin tener la voz de ella a la espalda. No obstante, para no seguir pensando en Violeta, me entretuve con la música de Velosa que sonaba en un bafle ubicado detrás de nosotros: “Y asiná como el maicito / hay que echarle agua y abono / también a los que nos joden / hay que echarles palo y plomo”, tarareaba.

Mientras nosotros manteníamos la reyerta dos jóvenes bajaban de Las Nieves. Los vidrios del carro brillaban por el sol resplandeciente.

Habían iniciado el día a las 8:00 a.m. cuando él afeitaba la espesa barba y ella trataba de huir de la pereza levantándose del lecho amoroso. En el desayuno hubo chocolate, arepas y tostadas; huevos revueltos y queso. Es el tiempo feliz en un día trágico porque alguien morirá por un conductor feliz. Todavía ese alguien está sentado en el suelo y arma las papas. El hombre cuenta a su acompañante que harán un paseo a Paipa, caminarán por el pueblo, visitarán el Pantano de Vargas y terminarán con un pequeño recorrido en el barco atracado a las orillas del lago Sochagota bebiendo vino. Pasan por una gasolinera y el conductor feliz mira el retrovisor. Atrás va un carro rojo, al lado derecho la chica sonrío. El hombre que chocará al joven baja los vidrios, ella cierra los ojos y siente algunas gotas caer. Él no es malo, por el contrario, es jovial. Antes de salir revisó el carro, no encontró abolladura, examinó el aceite, las llantas y el medidor de la bencina.

Pero, al mismo tiempo que el carro se acercaba a la glorieta del norte, Ricardo se levantaba de su puesto. Lo vi venir y cuando estuvo cerca me dijo que quería hacer sonar un par de papas.

—Alfonso, me duele la espalda de estar sentado.

—Sí, debe ser cansón estar armando y armando.

—Por eso, hermano, saldré a quemar unas.

—¿Y la cocina, huevón?

—Los demás muchachos ya saben cómo se hace todo.

—Listo. Aproveche y suba varias cuando salga al ruedo.

—De una.

Ajustó la capucha y consiguió una caja de cartón. A continuación, sacó dos *blue jeans*, los extendió y comenzó a envolver las papas en él. No conté el número que cargó, pero por la forma como caminaba y los lentos pasos imaginé varias adentro. La idea era sacarlas de la universidad y llevarlas a la línea de combate. La gente había alcanzado a posicionarse en la glorieta, sin embargo, uno que otro carro lograba pasar cuando el estallido cesaba. Caminó con ellas hasta el punto indicado. No las descargó, sino que las mantuvo aferradas a él como

si estuvieran adheridas a su cuerpo. En el centro de la glorieta varios brazos se agitaban como llamándolo. Un grupo de estudiantes estaba amontonado al lado del monumento de la raza. Ricardo vio y sintió que nadie venía así que se arrojó a ellos y mientras cruzaba, los dos jóvenes que iban en el carro se percataron de los desmanes y taponamientos, por lo que el conductor decidió aprovechar la glorieta para devolverse. El hombre en el carro observa a los pelados que gritan mientras el vehículo se mantiene seguro por el asfalto. El conductor feliz sube las ventanas y aprieta las manos. El cuerpo de la mujer se endereza, asegura el cinturón, mira al hombre mientras trata de entender lo que pasa en el exterior y luego cierra los ojos por un instante. Mientras avanzan el hombre responde a la mirada de su acompañante y no logra advertir a Ricardo. ¿Por qué la vida está llena de tantos infortunios? Después de todo, es demasiado tarde. Inmediatamente, el carro golpea a Ricardo que cruza, la mujer abre la boca y cuelga sus dedos en los labios. No lo vio atravesar. La colisión tumba a Ricardo quien abraza la caja. El carro no detiene su marcha. Ricardo cae de espaldas y una luz dorada lo envuelve. La explosión agujeró la vía y, también, el cuerpo de Ricardo. Más adelante el conductor feliz abrió la puerta del coche, trató de sostenerse en pie, vomitó y percibió un abismo de terror en él. Yo no estuve cerca del suceso. Me lo contó Ivanov, que iba atrás de Ricardo, pero con varios metros de distancia. Los estudiantes atrincherados en el monumento corrieron, unos, y otros, aturdidos, lloraban y algunos dizque saltaban impresionados. Las manos de Ricardo se encontraron lejos de él. El estallido le voló la capucha, por eso, se notaba el quemón negro en la cara y el cuello, así lo describió el negro. Nadie se atrevió a recogerlo y entrarlo a la universidad. Yacía inmóvil boca arriba. Tirado como si nadie lo reconociera, como si nadie lo hiciera suyo. ¿Por qué los muertos quedan en el olvido? ¿Acaso no son nuestros? Sí, es verdad que el tiempo lo olvida todo, especialmente, los muertos en la pelea.

Para el hombre feliz la congoja fue su eterna compañía. Volvió a casa con un mutismo asombroso. Por donde pasaba creía tener ojos encima; veía a las personas moverse sin alegría. El conductor sabe que el silencio es su peor enemigo. Va a tener que cambiar de carro. Gritará que no fue su culpa. En las noches deseará cambiar el destino: no querer conocer, no salir ese día, no levantarse a las 8:00 a.m., pero la vida es tan cruel que después de todo, es demasiado tarde para él y para Ricardo.

ESCOMBROS

«¿Juan Daniel dónde está?
¿Juan Daniel cómo se me desaparece?
¿Dónde estará este muchacho?
¿Este muchacho por qué se me desaparece?».

“El crucifijo”, *Cuando los pájaros no cantaban. Historias del conflicto armado en Colombia*

Mamá, no llores. Tú me dijiste alguna vez que uno se arruga cuando lagrimea. Mamá, no puedo respirar. Todo está oscuro y parece remontado. No sé por qué pienso en la cápsula maternal. No hay líquidos. ¿Para qué ser bueno en un lugar carcomido por el mal? Mamá, no sé si me escuchas. El día que salí de casa, con las empanadas al hombro a venderlas, caminaba tranquilo hasta que sentí un ardor en el cuello. Yo creo que me pegaron un tiro. Tengo ese recuerdo que sirve para entender lo que pasó. El canasto cayó cerca, por eso pude escuchar el paso de ellos cuando aplastaron las empanadas. Luego, varios brazos levantaron mi escuálido cuerpo, lo metieron en el maletero de un carro y, después, me lanzaron a un terreno lleno de escombros. ¡Mamá, búscame! ¿Alguien sabe dónde están mis huesos? Pregunta calle abajo. De todas formas, voy a contarte cómo es estar perdido en medio de las entrañas de la tierra. Imagina un lugar sin lugar; una bruma densa; una oscuridad compacta. No hay luz y eso me asusta. Nada se filtra hasta acá. Las piedras y los desechos me rodean. Aquí no tengo nombre. Mamá, averigua en la tienda de Canencio si me vio caminar el sábado. No sé qué fecha es hoy, pero no quiero creer que mamá no me busca y que en casa no me esperan.

CUATRO

RARO Y CURIOSO I

La historia de Federico es particular. Fue un jornalero que por circunstancias de la vida estuvo tres veces retenido por las Farc. Algunos dicen que donde llegaba armaba pleito. Sin embargo, la última vez que lo amarraron a un palo y, luego, lo encerraron en una casa abandonada a orillas del río Putumayo, logró cavar un túnel, pero no para huir, sino para regresar al primer lugar de cautiverio donde había visto a la mujer de su vida.

RARO Y CURIOSO II

A Fabián lo noté incómodo después de indicar la actividad a los asistentes de la clase. Su gesto era una mueca de preocupación a pesar de no levantar la cabeza. Logré percibirle en sus ojos azules un parpadeo rápido debido a las ondulaciones en el pestañeo largo que posee. Por un momento intentó enderezar el cuello, supongo, para distraer la intranquilidad del cuerpo. Sin embargo, la decidida acción la tomó quince minutos más tarde cuando lo vi levantar su esmirriada masa del puesto y dirigirse hacia mí sin elevar la mirada. Los pies parecía arrastarlos y las manos iban a la altura de su pecho, frotándolas. Solo pudimos hacer contacto con nuestros fanales vivos cuando lo tuve al frente. Miró atrás como revisando que nadie lo atisbara y me preguntó con voz queda: “profesor, ¿el mapa lo hago en una hoja o, de verdad, es mental?”. Sonreí con ese gesto amable ante el interrogante. Y agregué: “Fabián, me lo debes entregar”. De regreso obtuve una risita cálida; no dijo nada y dio media vuelta con la cabeza arriba hacia su lugar. Sentado cogió el lapicero, clavó sus pupilas en el papel y mantuvo una actitud constante. Después de todo, fue el primero en entregarme el ejercicio con un ademán de plenitud y satisfacción.

RARO Y CURIOSO III

Dos ancianos desastrados viven en el mismo alojamiento. Son cuarenta y siete años de compañía, aunque nostálgicos porque en vida, también, se hace duelo. Cada uno tiene su cuarto frente al otro y han convenido tocar la puerta dos veces al día para asegurarse de que no han muerto.



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2025, en
Búhos Editores Ltda.
Tunja - Boyacá - Colombia